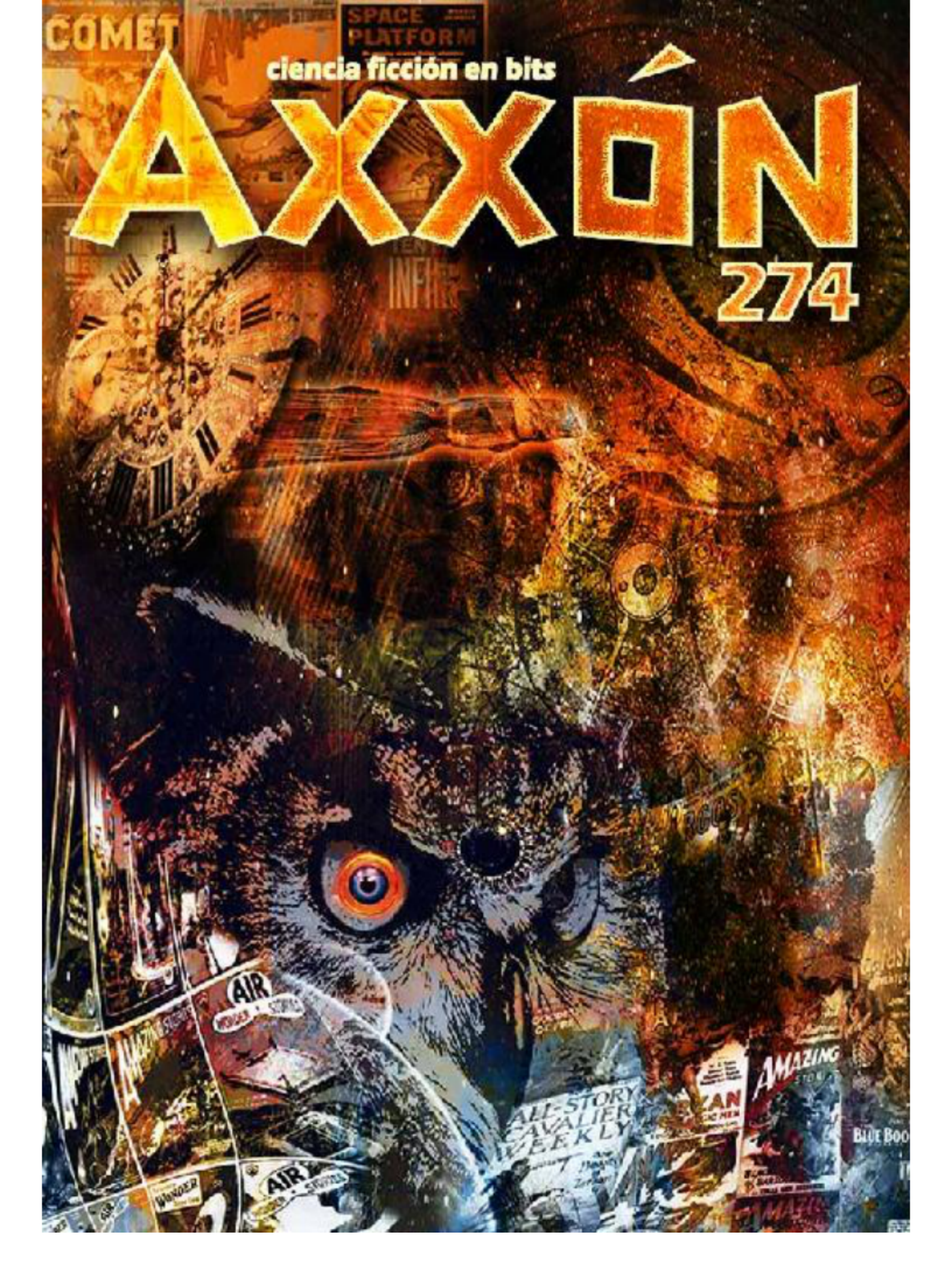

ciencia ficción en bits
AXXÓN
274

Axxón 274, junio de 2016

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 274

ARGENTINA



Ya acostumbrado a hacer de estos editoriales una cosa introspectiva y revisionista, veo con cierta inquietud que la palabra invasiones cada vez está más presente en el tono o en la trama de las historias que presentamos.

Somos invasores en un mundo invasor. La vida, en sí, es invasora. Trata de colonizar todos los rincones que pueda alcanzar, inclusive dentro o sobre otros seres vivos. La naturaleza es invasora, la invasión es parte de ese ir y venir de las fuerzas naturales del universo. Tomemos como ejemplo a las mareas, o al agua que baja de las montañas hasta alcanzar un espacio que la contenga. Y eso no es gratuito: incluso la inundación benigna que fertiliza la tierra destruye a su paso y cobra sus víctimas.

Los humanos, angurrientos e insatisfechos sin límite, tememos a la invasión incluso cuando somos los invasores. Somos una máquina de invadir e invadirnos: territorios, costumbres, ideas... Posiblemente forme parte de nuestra sangre y nuestro espíritu. Posiblemente no podamos evitarlo.

Pero sí podemos hacer algo: preservar al máximo lo que invadimos, incorporarlo, enriquecernos de lo que encontramos a nuestro paso. Lo distinto y ajeno no tiene por qué ser enemigo de lo conocido. Por supuesto, también debemos lugar en mantener lo que somos, nuestra identidad.

La invasión cultural es una de las formas más simples y efectivas de subyugar. Los pueblos invadidos, lentamente, son absorbidos por la cultura dominante y olvidan su esencia al adoptar las formas filtradas del ojo invasor. Y no solamente pasan a ser dominados, sino que se pierde una riqueza cultural única e irrepetible. Es una fórmula en la que todos perdemos, pero el pueblo invadido que pierde su identidad es el que más pierde, pues pasará a ser una caricatura de lo que alguna vez fue. Aunque podemos decir que después de todo no pierde tanto: podría ser eliminado, y tras eso ya no hay discusión posible. *¡No luchen, la resistencia es fútil!*

Quizá parezca fuera de lugar hacer este planteo en una revista de Ciencia Ficción, género cuyo nombre fue acuñado lejos de mi tierra. ¿Mi tierra, digo? ¡Si yo mismo soy descendiente de otros pueblos que han cruzado el océano en busca de una vida mejor!

No obstante, existen muchísimas historias de invasiones, generalmente contadas desde el punto de vista del invasor: *¡Esos monstruos horribles no tienen derecho a vivir! ¡Sus prácticas son aberrantes! Simplemente avanzamos por el bien de nuestra especie y la galaxia toda con el magnánimo fin de proteger el orden y las buenas costumbres del peligro latente del maligno alienígena.*

¿Hace falta que las enumeremos?

Y no hace falta salir de la Tierra para encontrar enemigos dignos de la mayor repulsión.

Otras veces, somos víctimas. Pero si miramos bien, la gran mayoría de las veces los invasores, cuando somos los invadidos, se parecen mucho a nosotros.

Hay historias distintas, claro. Fuimos, somos y seremos testigos de ellas. Pero como digo siempre, este género es una lente que con la distorsión ayuda a ver mejor cómo somos, resaltando el humor de cada época.

Tengámoslo en cuenta.

La invasión de los brgoo

Maximiliano Ponce

ARGENTINA



Ilustración: Luis Di Donna

—Tendríamos que comprar uno nuevo —sugirió Lili, mientras levantaba los platos sucios de la mesa—. El otro día vi el que me gusta en una tienda del centro.

—El que tenemos está en perfectas condiciones —afirmó Edgardo, sin apartar la vista de la pantalla.

—Todo blanco. Siempre quise uno blanco. Con luces blancas y estrella blanca…

Edgardo apuró el último sorbo de vino, se levantó de la mesa, y dijo, lapidario:

—Vamos a usar el que tenemos.

Empujó la puerta de chapa y salió al patio trasero. El alcohol no menguaba sus habilidades motrices, pero lo volvía intolerante a los berrinches de su esposa. Por otra parte, él mismo había embalado cuidadosamente el arbolito del año anterior y sabía que se encontraba en buen estado. Como para dos navidades más, calculó.

Abrió la puerta del cuartucho del fondo, en el que se amontonaban cacharros y demás objetos inservibles, y oprimió el interruptor. La enclenque lamparita parpadeó, arrojando un débil destello ambarino; Edgardo le dio unos golpecitos con dos dedos y la luz se volvió blanca. Varias arañas furtivas escaparon en todas direcciones. Hacía tiempo que no

entraba allí. Todos los objetos exhibían una gruesa costra de polvo y telarañas.

Se inclinó y rebuscó entre los cajones de cerveza, detrás de viejas cajas de cartón atiborradas de caños y baldosas, y entre húmedos tablones apilados en los rincones. No había rastros del arbolito por ninguna parte. Traicionera, murmuró Edgardo, lo tiraste a la basura… Ahora sí no había más opción que comprar otro.

Mientras cerraba la puerta del depósito distinguió unos palitos metálicos que sobresalían del techo de chapa. ¿Sería acaso el trípode de la base del árbol? Estiró el brazo y tiró de una de las puntas.

El objeto que cayó a su lado era una especie de bola, del tamaño de una pelota de goma número cuatro, pero con una superficie oscura y oleaginosa similar a la de una canica petrolera. De su parte inferior emergían tres patas rectas y en el otro extremo, una vara del doble de longitud que remataba en un pequeño pico curvo, como el mango de un paraguas.

Edgardo examinó la esfera con detenimiento. A pesar de la sencillez de su estructura era el objeto más extraño que había visto en su vida. ¿Chatarra espacial? Tal vez, aunque la teoría de que aquello fuera un pedazo de satélite descarriado no lo convencía del todo… La alzó por el extremo curvo y notó que era más liviana de lo que aparentaba. En ese instante, la esfera tembló y súbitamente las tres patitas inferiores desaparecieron en el interior del opaco volumen. Sin embargo, en la superficie, extremadamente lisa y patinosa, no había rastros de orificios por los que pudiera salir o entrar nada…

Edgardo apoyó la bola en el centro de la mesa, todavía cubierta por el mantel de diseño cuadrillé, y exclamó, con voz lírica y sonora:

—¡Feliz Navidad!

A pesar de haber ocultado las tres patas de soporte, la bola mantenía el equilibrio, y exhibía el mástil en perfecta posición vertical.

—¿Qué es eso? —preguntó Lili, asomándose desde la cocina.

—Un regalo del cielo. A juzgar por su comportamiento diría que está vivo.

—¿No será del Gringo? Siempre tira cosas para este lado, es un roñoso.

—Si está en mi patio, me pertenece.

—No me gusta —declaró Lili, mientras avanzaba hacia el objeto, con precaución—. Sacalo de arriba de la mesa.

Edgardo se interpuso en su camino.

—No lo toques —la previno, repentinamente serio. Había en su voz una nota de hostilidad—. Si corre la misma suerte que el arbolito te juro que te encierro en el fondo.

Aquella tarde, por la siesta, Edgardo tuvo sueños confusos. Vio miles de objetos iguales a su bola, alineados en una gigantesca rampa de acero, y más arriba, en un puente, largas filas de seres muy delgados, cuyas extremidades superiores formaban un travesaño rígido sobre el que no se distinguía ninguna cabeza. Aquellos seres en forma de T se doblaban contra la cornisa, dejando caer las bolas desde lo alto, y luego se retiraban, con aire reverencial. Luego las imágenes se tornaron confusas, incoherentes. Edgardo experimentó una oleada de sentimientos angustiantes. Soledad, vértigo infinito. La desolación de una consciencia perdida en la vasta inmensidad del espacio y el eco de una sílaba que resonaba sin cesar…

Despertó turbado, con aquel balbuceo todavía retumbando en su cabeza. A través de la puerta entreabierta vio la esfera, inmóvil y alerta.

—¿Qué pasa, Lili? ¿No estás contenta con el nuevo arbolito? —Hacía media hora que cenaban en silencio. Durante toda la tarde, tras la aparición de la bola, Edgardo había notado una sombra extraña en el rostro de su esposa.

—Quiero que te deshagas de esa… cosa —murmuró, mirando de reojo a la bola.

—Se llama brgoo, o al menos eso es lo que escuché en el sueño.

Lili cruzó ruidosamente los cubiertos sobre su plato, en señal de disgusto.

—No repitas ese nombre. —Su voz era trémula y susurrante—. Yo también soñé cosas extrañas, pero no tengo ningún interés en averiguar de qué se trata. ¿Podés sacarlo a la calle ahora, por favor?

—Tengo una teoría —dijo Edgardo—. Todos esos miles de brgoo dentro de naves espaciales… Hablamos obviamente de una invasión ¿no?, pero con una estrategia muy diferente a la que estamos acostumbrados.

—¿Diferente? —Lili mantenía la mirada baja, mientras deshacía con sus dedos unas migas de pan—. ¿En qué sentido?

—En las películas, las invasiones extraterrestres siempre se llevan a cabo con fuerzas armadas —explicó Edgardo—. Los alienígenas que desembarcan en la Tierra equivalen a nuestras fuerzas de ocupación, salvo que en vez de portar fusiles llevan pistolas de rayos láser y otro tipo de

tecnología avanzada…

Lili había levantado la cabeza y ahora lo miraba de costado, incrédula.

—En definitiva —prosiguió Edgardo— los brgoo vienen de otro planeta, pero no creo que sean una raza militar. Mi sensación es que son una clase oprimida de ese planeta en cuestión. Una casta inferior, digamos. Tal vez incluso sean mascotas de los otros seres delgados que aparecían en el sueño. —Se sirvió otra medida de vino, entusiasmado—. Si te ponés a pensar tiene sentido: También nosotros lanzamos al espacio nuestros perros y monos y no se nos movió ni un pelo.

Hizo una pausa, para retomar el hilo, y agregó:

—Otra opción es que sean antenas o sondas diseñadas para transmitir información sobre nosotros, aunque la verdad, lo que yo sentí fue algo más fuerte, algo que no corresponde a un simple mecanismo espía. Un sentimiento de destierro, de sufrimiento… El «brgoo» sonaba casi como un largo lamento de desconsuelo… ¿no te pareció lo mismo?

Lili negó con un lento movimiento de cabeza.

—No… —titubeó—. Para mí, lo que esas figuras espantosas hacían era arrojar sus propias cabezas dentro de la nave.

Edgardo tragó saliva. Era una idea retorcida pero no carecía de lógica. Después de todo, la aberrante anatomía de aquellos seres delgados sugería algún tipo de decapitación. La posibilidad de que aquello fuera una cabeza alienígena, desprendida de su cuerpo pero todavía con vida, lo inquietó. Se giró para observar al brgoo. Su curva superficie pulimentada reflejaba los juegos de luces y las ramas blancas del arbolito que habían comprado esa tarde en el centro. En algún momento durante la conversación había expulsado sus patas inferiores, volviéndose más alto.

Esa noche también tuvieron sueños densos y de naturaleza inexplicable. Diseños en espiral de galaxias lejanas y un profundo sentimiento de desamparo. Pero a la mañana siguiente, cuando despertaron, ninguno de los dos recordaba nada. Esto no les pareció extraño: desde que vivían juntos nunca recordaban los sueños nocturnos, solo los que tenían durante las siestas.

Por la mañana, mientras mateaban en silencio cerca del brgoo —que ahora había vuelto a esconder las patas— sonó el timbre.

—Yo voy —dijo Lili.

Un minuto después apareció en la cocina con el Gringo.

—¡Gardito! —exclamó el Gringo, mientras le pellizcaba amistosamente el

cuello—. Nomás venía a pedirte el taladro, pero la Lili me habló de otras novedades. ¿Qué parece?

—Te presento a brgoo —dijo Edgardo, señalando hacia la bola con un movimiento del mentón—. Cuando pierde la timidez le crecen tres patas.

Estuvieron un buen rato en cuclillas, examinando la esfera por todos los ángulos posibles. Edgardo le comentó sobre el extraño comportamiento retráctil de las extremidades.

—Y fuera de eso, ¿se comunicó con ustedes de alguna forma? —preguntó el Gringo, mientras seguía su inspección, ahora con la cabeza casi al ras del piso.

Edgardo cruzó una mirada con su esposa.

—Solo en sueños. Envía imágenes.

—Y un gemido horrible —añadió Lili.

Intercambiaron opiniones y conjeturas, pero no lograron ponerse de acuerdo respecto a la naturaleza inescrutrable del brgoo. ¿Era un artefacto inteligente? ¿Un organismo biológico radicalmente distinto a los que poblaban la Tierra?

—Creo que podrías sacarle un billete si lo publicás —observó el Gringo, incorporándose de un salto—. Pero ojo; ni se te ocurra llevarlo al Observatorio de La Punta: te lo van a confiscar y chau, no lo ves más.

El Gringo sujetó al brgoo del mango curvo y trató de levantarlo. Hizo fuerza con ambas manos y las rodillas flexionadas pero no consiguió moverlo. Ridículo, pensó Edgardo, el Gringo es más atlético que yo. Sospechando una broma de su vecino, Edgardo se agachó, aprisionó la bola con las manos y trató de alzarla. Pero era cierto: de algún modo su peso había aumentado exponencialmente en el transcurso de la noche. Entre los dos no pudieron separarla ni un centímetro del suelo.

—No entiendo. Ayer nomás la entré del patio sin problemas.

—Te dije que la tirés mientras podías… —replicó Lili, restregándose las palmas en el vestido, y al borde de un ataque de nervios.

El Gringo se quedó un momento serio y callado, con las manos todavía alrededor del asta. Parecía fascinado con la negra superficie de la bola. Después sonrió, murmuró unas palabras incomprensibles y salió, olvidándose el taladro sobre la mesada.

El episodio matutino les borró el apetito y no almorzaron. A eso de las tres de la tarde Edgardo informó que se iría a dormir una siesta. Lili estaba sentada frente a la tele del comedor, que tenía el sonido casi inaudible, con

una innegable expresión de abatimiento en su rostro. Le devolvió la mirada, como si supiera lo que aquello significaba, y no pronunció palabra.

Edgardo se quedó dormido muy rápido, a pesar de que casi no tenía sueño. Supo que el brgoo se estaba comunicando con él porque su visión tenía una claridad y nitidez que le pareció inusual aun en el más lúcido de los sueños vespertinos. Esta vez no eran nebulosas o cielos estrellados. Lo que tenía enfrente parecía una vista aérea de su propia casa. La cámara, por así decirlo, descendía grácilmente hasta que aterrizaba en el techo del cuartito del fondo, donde quedaba posada. La imagen enfocó después a una mujer de espaldas, que acababa de salir del depósito. Edgardo reconoció en ella a su propia mujer, Lili, porque tenía puesto el mismo vestido con flores que él le había regalado la navidad pasada. Y también por esa fatigosa manera de caminar, casi arrastrando los pies. Llevaba en la mano derecha el taladro, y con la izquierda arrastraba un cuerpo alargado, envuelto en una bolsa de consorcio negra, y amarrado con varias vueltas de cinta scotch marrón: el arbolito de Navidad. En el marco de la puerta trasera que daba al patio distinguió la silueta de una figura masculina. En un principio creyó que era él mismo, pero cuando el hombre emergió del rectángulo de sombra que arrojaba la casa, se dio cuenta de que no era otro que el Gringo. Lili avanzó a su encuentro y en el camino dejó caer el arbolito, que quedó tendido en medio del patio como un pequeño cadáver. Se prendió al cuello del Gringo, mientras éste le rodeaba la cintura con su brazo izquierdo, en el que se veía la inconfundible marca del bronceado que trepaba hasta el codo. La escena no tenía sonido pero, al igual que en el sueño del exilio forzado de los brgoo, Edgardo reconoció una marea de sentimientos mezclados. Burla, indiferencia, lujuria. La imagen se volvió cada vez más difusa hasta que estalló en sus retinas mentales como una diapositiva prendiéndose fuego.

Despertó sobresaltado. Al abrir los ojos descubrió el rostro redondeado de Lili, casi pegado al suyo. La mujer le acariciaba con dulzura la frente, perlada de gotitas de sudor.

—Cielo —susurró—, creo que tenés fiebre…

—No me toqués, atorranta —graznó Edgardo—. Te estuviste revolcando con el Gringo, lo vi todo clarito a través de los ojos del brgoo.

—¡¿Qué decís?! ¿Estás loco? —Le volvió a apoyar la palma en la frente—. Estás delirando de fiebre, cielo…

—No tengo fiebre —gruñió—. Y no me digas cielo.

Se desembarazó de los brazos de Lili, se incorporó y fue al comedor. El brgoo había escondido las patas y giraba frenéticamente sobre su eje.

—Imbécil. Es esa bola de mierda la que te está volviendo loco.

Ofuscada, con lágrimas en los ojos, Lili metió unas prendas y unos escasos artículos de tocador dentro de una mochila. Edgardo seguía sentado en su silla de madera, con la vista clavada en el brgoo.

—Me voy a lo de mi hermana —amenazó Lili, y como no obtuvo respuesta se marchó, dando un sonoro portazo.

El brgoo empezó a girar cada vez más despacio hasta que quedó inmóvil. Un segundo después sacó muy lentamente sus patas. El gancho, de aspecto amenazante, quedó a la altura de los ojos de Edgardo. Parecía que miraban hacia un punto en común.

Un poco más tarde, acostado en la amplia cama de dos plazas y con el brgoo apoyado a su lado, Edgardo oyó los primeros rujidos de una tormenta de verano que se avecinaba. Cerró los ojos, instintivamente. Lo alegró que ya no hiciera falta caer dormido para establecer contacto con el brgoo. Sintió que ahora le era posible enviar señales cifradas al visitante y que éste lo comprendía a la perfección. Su mensaje hablaba de traición, tristeza y desconsuelo. En retribución, el brgoo lo reconfortó con la imagen sobrecogedora de millares de brgoos desperdigados por la faz del planeta. Caían lentamente, como burbujas, en techos, patios y balcones de Helsinski, Borneo, Arizona y Rosario, donde eran rápidamente adoptados por individuos íntegros y compasivos. Como él mismo. Sí, pensó, ahora pertenezco a una familia de seres humanos excepcionales. Somos custodios fieles, unidos para siempre por el amor y la devoción a los brgoo…

Y con este dulce pensamiento en la cabeza, Edgardo se quedó dormido, mientras el cielo descargaba una violenta tormenta de verano.

Maximiliano Ponce nació el 25 de septiembre de 1984 en Castelar, Buenos Aires. Desde 2011 vive en San Luis, donde trabaja como profesor de inglés en escuelas rurales. Sus faros literarios son Kafka, Rulfo, Dick y Orwell. Es autor de poemas, crónicas y textos de ficción. Este es su primer cuento publicado y forma parte de una colección de relatos en plena elaboración. Dice que aunque incursionó en otros géneros, es en la ciencia ficción donde encontró los medios expresivos apropiados para plasmar sus ideas.

Ha publicado en Axxón DEMOLICIÓN DEL LOTE 37.

Este cuento se vincula temáticamente con OVOIDES, de Deborah Walker.

Entre sus páginas

Diego Copppa

ARGENTINA



Ilustración: Tut

Stofenmacher se despertó como todas las mañanas desde hacía cuarenta y siete años, en la misma habitación y oliendo los mismos libros antiguos. Pero esa mañana no era una mañana más: era su último día como bibliotecario municipal.

Se deshizo de las sábanas y al pararse al costado de la cama notó un leve desnivel que le hizo flexionar la pierna derecha. Se sentó y miró el piso: estaba nivelado. ¿Qué había sentido entonces? Se miró los pies; observó las finas medias de algodón. Se las quitó y quedó a la vista un *hobbiteano* pie izquierdo. Stofenmacher se rascó la cabeza. Ese pie no se parecía en nada a su pie derecho. Ni tampoco al pie izquierdo de toda la vida.

Qué raro. Esto de que una parte del cuerpo le creciese de forma desmesurada de un día para el otro nunca le había pasado. ¿Sería normal? A sus casi sesenta y cinco años, y con las enfermedades que iban y venían, no creía que valiese la pena preocuparse. Además, ese día iba a ser uno muy especial para él. ¿Para qué andar perdiendo el tiempo con matasanos?

Volvió a ponerse las medias, esta vez con dificultad.

Eligió calzarse sólo la pantufla del pie normal, para compensar y no

bambolearse. Además la otra no le hubiera entrado.

Ya vestido con su bata de desayunar, rengueó hasta la cocinita y puso a calentar la pava. Encendió la Spika, giró el dial hasta la am 630 y esperó a que el agua estuviese lista.

Le echó un vistazo al moho invasor de los rincones. A pesar de haber vivido tanto tiempo en ese húmedo cuartito, le pareció inmenso. Como una caverna. Una gruta más que una caverna. Y eso que él medía un metro sesenta, y apenas entraban la cama y la cocina. Aquel rincón que podía llamar suyo, aquel exiguo anexo de la biblioteca, se lo había cedido el Gobierno hacía mucho.

Saltando en una pata, Stofenmacher fue hacia la biblioteca, donde desayunaba todos los días. Haciendo equilibrio sobre uno de sus pies, buscó en la cómoda el mantel amarillento y el posavasos.

—*¡Rrradioo Rrriiivadaviaaa!* —anunciaban de fondo.

Recorrió con la mirada todos los estantes. Sacó un libro del más próximo: el *Martín Fierro*, uno de sus favoritos. Sonrió complaciente al ver que cada libro se encontraba etiquetado, ordenado. Ninguno tenía polvo de más de dos días. Pero en alguna que otra repisa había huecos que hacían imperfecta su composición escenográfica. Ya la semana anterior había sufrido un ataque de pánico al descubrir que algunos irresponsables —los morosos de siempre— no habían respetado los plazos de entrega. Ese día, debió llamar a la ambulancia. Lo recordaba perfectamente.

—Hola, doctor, ¿cómo le va? —había dicho Stofenmacher desde la cama no bien entraron a verlo.

—Mejor que a usted, seguro —bromeó el joven médico, pero observando con preocupación su delgadez—. ¿Qué está pasando? Cuénteme.

—Verá, doctor: me duele el pecho, y sobre todo al respirar.

—Claro, lo veo perfectamente. ¿Y en qué andaba, abuelo, cuando le empezó esto?

—Usté dirá que es una pavada —Stofenmacher se agitaba al hablar—, pero no me devolvieron *Oliver Twist*.

—¿Twist? —preguntó el muchacho—. ¿Como Pipo Cipolatti?

—No sabe cuánto adoro ese libro, doctor…

—¿Un libro? ¿Hicieron un libro con los Twist? —El doctor lo miró anonadado—. ¿No pensó en tomarse unas vacaciones, señor? No debe

ponerse así por un libro.

—Disculpe, doctor, pero hace cuarenta y siete años, tres meses y una semana que trabajo aquí, y jamás me tomé vacaciones. Los libros son como… como los hijos que nunca tuve. —Stofenmacher se quedó pensativo—. Recuerdo una vez que caí enfermo con cuarenta de fiebre. Pero eso fue hace mucho tiempo… Usté, hijo, no había nacido, ¡je! Verá que no estuve más de dos días sin trabajar. Los peores días de mi vida, por cierto.

—Aun así, señor —dijo el joven mirándolo a los ojos—, debería calmarse y no enojarse por cosas como esta. Cada noche se me toma estas pastillas antes de irse a dormir. —Le pasó unos frasquitos—. Le van a hacer bien.

—Gracias, doctor, se lo agradezco mucho. ¿Tendría a bien decirme cuánto le debo?

—No es nada, no es nada… —dijo, cerrando su maletín.

—Usté tenga. —Y, desde la cama, Stofenmacher se estiró hacia la mesita de luz, sacó una bolsita llena de monedas y se la puso en la mano al doctor —. Por las molestias.

El médico sopesó la bolsita. Parecía sorprendido.

—Lo acepto con la condición de que se me cuide, ¿eh? —y se fue sacudiéndose el polvo del ambo. Cuando salió, Stofenmacher escuchó cómo el médico dejaba las monedas sobre el desayunador.

Stofenmacher apoyó el *Martín Fierro* sobre el atril. Se preguntó qué habría hecho Fierro en su lugar, si lo hubieran rajado como a él.

—Habría pelado el facón, eso hubiese hecho.

Sin más interrupciones, se abstrajo en su rutina del desayuno: sumergir la bolsita tres veces, reposar sobre una cuchara; ejecutar unas piruetas con el hilo para exprimirla; goteo, y las ocho gotitas de limón. Revolver con delicadeza: mano izquierda en sentido horario una vez, y antihorario dos veces.

Y lo tomó de a sorbitos mientras recordaba el momento en el que lo condenaron al destierro —como a Romeo—: había venido un funcionario estatal, un tal Leonardo Gómez. O Pérez, vaya a saber.

—Usted sabe cómo es esto…—decía, pongámosle, Gómez—. Uno llega a

cierta edad… en la que debe dar lugar a jóvenes con iniciativa. Lo viejo tiene que dar espacio a lo nuevo. ¿Hace cuánto que no renueva la biblioteca?

—Sí, señor, lo sé —decía Stofenmacher con la mirada en sus propios pies —. Pero yo hace más de cuarenta y siete años que trabajo en esta biblioteca.

—¡Mejor aún! Podrá vivir un poco, despegarse de este lugar. ¿Tiene familia? ¿Tiene amigos? Pues bien, vaya a visitarlos. Ya no necesita trabajar para vivir.

—No, señor, no tengo familia… ni amigos para visitar.

Mientras hablaba, Stofenmacher luchaba contra su cuerpo: de reojo, se advirtió en el espejo de la pared que el pelo tomaba un nuevo tono de blanco. En la piel de las manos le surgían pequeños cráteres y el ciático empezó a quejársele después de sesenta y cinco años.

—Vaya a las sociedades de fomento —siguió el otro, que ni había registrado nada—. Por PAMI puede recorrer todo el país y conocer mucha gente. Reta, por ejemplo, es un balneario muy tranquilo.

—Sí, no, pero usted no entiende. ¡Los libros son lo único que tengo…!

—… ¡Pero deje el pasado atrás, señor mío! Estuvo demasiado tiempo cuidando esta biblioteca, que por cierto está impecable. Véalo como un nuevo desafío. Aléjese de su trabajo y piense en el futuro. ¡Pase lo que resta de su vida lo mejor posible!

En eso, la campana anunció un visitante.

—Debe ser su reemplazo —dijo Gómez.

Stofenmacher movió lentamente sus pequeños pies y abrió la puerta de un tirón. Delante de él se encontraba un imberbe hippie. Entonces Gómez dijo, sonriente, empachado de orgullo:

—Señor… Stra… Stravenmater, le presento a Gerardo Díaz.

—Stofenmacher —aclaró el viejito ofuscado.

—Claro, sí, sí, Stofenpajer. Como le decía, el señor Díaz llevará adelante sus tareas, y estará a cargo de la renovación de la biblioteca. Gerardo, pegate una vuelta y fijate qué te parecen los libros.

Con un anotador en la mano, el niñato se dispuso a recorrerla.

Stofenmacher tomó la taza y levantando el meñique dio un sorbito. Dejó que su lengua degustara el oxidado té negro de Oolong y la acidez del limón en su punto justo.

El cobrizo brebaje le trajo a la memoria el color de su corbata bordada: la llevaba puesta aquel día en que el tal funcionario había venido a echarlo. También recordó que se había puesto un pantalón azulado, mandado a hacer a medida —aunque después de treinta y cinco años le llegaba al ombligo—. Una camisa blanca de algodón bien planchada, unos oscuros zapatos orlados de vivos de oro, un saco no muy ostentoso pero de delicado corte.

A esta imagen se le cruzó un recuerdo reprimido, el aspecto del insolente ese que lo iba a reemplazar: unas ojotas verde chillón le rebotaban en las plantas de los pies; sus pegoteadas y olorosas rastas pendulaban disparando piojos; una remera verde, amarilla y negra, con la cara de un negro barbudo y feliz, dejaba entrever sus tetillas; unos símbolos chinos tatuados asomaban en los brazos y doscientos aritos multicolores adornaban su cara. Un cambalache.

Hipnotizado por el té y los recuerdos, Stofenmacher se dejó ir.

—¿Qué cambios tenés ganas de hacer en la biblioteca, Gerardito? —dijo Gómez.

El hippie abrió la boca, revelando sin querer un arito en su lengua: un librito en miniatura. Miró con preocupación los libros:

—No hay un puto libro nuevo —decía, sobrador—. Ya nadie hojea siquiera estos papeluchos. Crimen y prejuicio, La *livini*… la comedia y ese de la mancha… todo esa onda *vintage* ya fue. ¿Dónde está Bucay? ¿Dónde Osho, Coelho y las novelas de las sombras de Grey? En toda biblioteca tiene que haber scifi de la buena, como *Crepúsculo*.

Vapuleado por tales insolencias, Stofenmacher se agarraba de un estante. Se sentía Ahab encastrando desafiante su pata de palo, y veía al otro como a Moby Dick abalanzándose contra el Pequod.

Llevaba la cuenta de su segunda galletita y quinto sorbo de té. Atinó a tomar de nuevo el pocillo, y se le derramó todo sobre el individual.

¡¿Qué pasó?!, se dijo al verse la mano: sus dedos no eran sus dedos, sino cinco gordos chorizos pendiendo de una bola de carne.

Se sentía abrumado, pero lo distrajo la asociación de ideas: esos tipos —Gómez y Gerardito— consideraban que los libros tenían que salir como en la máquina de hacer chorizos.

—¿Qué van a hacer —les había dicho Stofenmacher— con todos los libros que no les gusten?

—Quemarlos, por supuesto —gruñó Gómez—. Estos libros pertenecen al Gobierno de la Ciudad. ¿Sabe usted la cantidad de papelerío que me llevaría donarlos o regalarlos? Pues no se imagina.

El diminuto Stofenmacher —no tan diminuto a estas alturas— miró sus piernas: eran dos matambres desgarrándole el pantalón. Lágrimas le rodaron por la pera hasta llegar a los pliegues de una ingente, enorme superficie ovalada, que hasta hacía un rato supo ser su discreta panza. Los brazos se le hinchaban mientras los movía para secarse las mejillas.

—Señor —dijo Stofenmacher—, respecto a mi habita…

—… Sí, sí, no se preocupe —dijo Gómez, sin siquiera mirarlo—. A partir del próximo lunes, el señor Díaz ocupará su habitación. Vamos a hacer alguna reforma al edificio para que quepas, ¿te parece, Gerardito?

—Bu-bueno —dijo Stofenmacher—. Eso es lo que quería decirle: no… no tengo a donde ir.

—¡Pero no se preocupe, mi amigo! Usted puede conseguir un lugar donde dormir en cualquier lado. Los alquileres son muy flexibles. Mire: tengo una tía que está alquilando por un parque. ¡No sabe qué lindos parques y plazas hay en la capital! —Ahora el tipejo se dirigió al señor Díaz—. Entonces, Gerardito… ¿qué se te ocurre hacer con este cuartucho? ¿Querés demolerlo? No creo que haya problemas.

Y las voces se le perdían lejos a Stofenmacher, difuminándose en una trama roja que terminó por cubrirlo todo, como aquel planeta Marte en el que Bradbury contaba las historias de Poe.

Terminaron de conversar y lo despertaron:

—Bueno, señor Stofenmacher, lo dejamos así: el lunes estará por aquí el señor Díaz. Ahora debemos irnos.

De vuelta en la mesita del desayuno, Stofenmacher alcanzó el triple o cuádruple de sus dimensiones, y aún seguía consciente. Su cuerpo caprichoso se negaba a sentir dolor. Sabía que debería sentirlo, pero no había

nada. Nada había más que tristeza. Finalmente la hinchazón llegó a su cara.

Quedó, de aquel bibliotecario, sólo sangre, piel, cartílago y huesos hechos polvo y esparcidos entre *sus* libros.

Según cuenta la leyenda, nadie logró agregar ni quitar libro alguno de la biblioteca. Pueden visitarla cualquier día de la semana en la calle Otamendi 546, en Parque Centenario. Y si se les ocurre reservar cualquiera de sus libros, van a apreciar entre sus páginas parte de los restos del famoso bibliotecario.

Diego tiene treinta años y vive en Capital Federal. Empezó a escribir hace tres años y desde ese momento forma parte del Taller literario de Marcelo Di Marco. Si bien su género preferido es el horror, Entre sus páginas se destaca por la fantasía y el gore. En este momento está escribiendo un compilado de cuentos con temática Zombi. Sus autores favoritos son Terry Pratchett, Stephen King, Julio Cortazar y Joe Lansdale.

Con este cuento debuta en Axxón.

Este cuento se vincula temáticamente con LEYENDA A LAS PUERTAS DE UNA SALA DEL MUSEO DE ARTE MODERNO, de Mauricio-José Schwarz.

Oniromante: UNO: Por cada conejo del jardín hay un reloj sin dueño (y sí, por qué no debemos entrar tan pronto en materia de gatos)

Víctor Conde

 ESPAÑA

Para los que jamás se rindieron.

La sentencia primero… el veredicto después.
Alicia en el país de las maravillas.

Dormir, tal vez soñar… ¿A quién le importa?
Lo importante es ser nosotros, los verdaderos nosotros,
mientras nos lo permita la noche.
Dicho de los Exploradores Gnósticos.

UNO

Por cada conejo del jardín hay un reloj sin dueño (y sí, por qué no debemos entrar tan pronto en materia de gatos)



Ilustración: Guillermo Vidal

Ladyé Opalina se dejó llevar por algo menos concreto que la gravedad calle

abajo.

Al cruzar por delante de la fachada del bar donde ponían esa música tan bella sin componente humano, pasó junto a los conejos que patrullaban nerviosos, interceptando susurros en ese idioma de batalla de sonido pegajoso que habían refinado a partir de grabaciones antiguas. No fue difícil. Sólo tuvo que componer una expresión ausente y los conejos la dejaron en paz. No era guapa, tampoco fea. No destacaba ni por arriba ni por debajo de la línea. Tenía ese aspecto calculadamente inofensivo que ellos esperaban encontrar en una Soñadora, con las ojeras de dormir demasiado, una chaqueta de hombre que la aventajaba en dos tallas y una falda recogida como un telón de teatro. Nadie se fijó en su peinado. Nunca lo hacían.

La noche estaba tranquila. Se preguntó a quién estarían persiguiendo los conejos. ¿Algún metabolata salido del tiesto químico de las cinco menos cuarto, perdido calle abajo mientras lanzaba rayos por los ojos como si fuera la única manera de enfatizar la realidad? ¿Gatos sin alféizar? Eso, en la ley de los felinos, constituía delito. ¿Un polizón que trataba de colarse por la valla del puerto espacial, creyendo que si se acercaba lo suficiente a una naveluz ésta lo absorbería como una esponja y lo llevaría a ver maravillas jamás soñadas, allá arriba, en la inmensidad?

Todo era posible. Los conejos sólo salían de sus madrigueras y desempolvaban las armas y los bigotes cuando se trataba de un asunto realmente serio, ni antes ni después. Por eso Ladyé sabía que ninguno le daría el alto mientras caía calle abajo, cayendo, cayendo, como una nave amortajando las distancias, hasta el lugar de reunión con su cliente.

No le había visto nunca. Él le había mandado una foto, claro, pero era tan rematadamente falsa como las excusas que había interpuesto para no abonar los pluses. Dijo que no tenía dinero como para costearse una dedicación exclusiva por parte de una Soñadora, pero era mentira. Siempre lo era. Como el aspecto coloquial de su charla de policía barato, o el humo de aquellos chicos armados con canas de senectud epistemológica frente al liceo.

Lo divisó bajo una luz de neón agónica. Era un comprador experto, se le notaba en su manera de querer aparentar inexperiencia. Un adicto al Oneiros de lujo, al peligroso. Las calles de Margen estaban llenas de listos que creían poder estafar a un Soñador haciéndose los bisoños. Ella les hacía una pregunta que cualquiera, hasta el comprador más estúpido, debería conocer, e incluso ésa la negaban. Pecados de ignorancia, por ahí se cogía al truhán.

—Ha llegado antes de tiempo —riñó al cliente, con la voz suspendida en un bostezo que cualquiera asociaría a una Soñadora.

—Quería asegurarme de… bueno, que no me tendería una trampa. —Se sonrojó—. Ya sabe.

—Sí, ya sé. ¿Ha traído el dinero?

El impostor bisoño hurgó en el interior de la gabardina con aire nervioso. Era un joven de unos treinta y pico, más pico que treinta, y no era feo. De hecho, se parecía bastante al de la foto. Lucía uno de esos bigotillos simpáticos que habían vuelto a ponerse de moda en los altos fondos, una fila de hormigas que abarcaba la longitud del labio.

Le tendió un sobre empapado de lluvia.

—Lo llevaba en la mano, lo siento. Antes. —Señaló una nube que escurría el bulto. Ladyé lo abrió y contó los billetes. Había unos pocos más de lo esperado; eso también era un error.

—Sígame y no pregunte nada —ordenó Ladyé—. No mire a la gente a la cara. Ignore a los conejos y a las urracas. Sólo péguese a mí y baje la barbilla.

El joven obedeció al pie de la letra las instrucciones. Siguió como un perrito faldero a Ladyé calle arriba (subiendo, subiendo, subiendo, como una nave geometrizando los abismos) hasta un motel barato que estaba seis puertas por encima del bar y cuatro más allá de los conejos.

Éstos habían detenido a una mujer que llevaba el pelo arremolinado en torno a la cabeza como los espectros de sus antepasados. Hacía grandes aspavientos con las manos mientras la interrogaban. Pobre ilusa, pensó Ladyé. La bola premiada de la noche no era para un metabolata ni para un polizón, sino para una traficante de juventud que había osado ofrecer su mercancía fuera de la Zona. Vendo minutos, segundos, picosegundos, cualquier cosa, a cambio de algo que llevarme a la boca. Mientras más comía, menos tiempo de vida le quedaba a su cuerpo para disfrutarlo.

Ladyé apartó la vista de ese cuadro de miseria callejera, uno de tantos, y abrió la puerta del motel con su propia llave. El joven la siguió hasta el recibidor lleno de polvo, fósil de otra era en la que la gente pagaba por dormir (¡dormir, tan fácil que parecía entonces!).

Ojalá hoy fuese tan sencillo, deseó la muchacha; ponerse y dejarse llevar y ya está, aunque ella se quedara sin trabajo. El mundo lo agradecería, aunque su cartera no.

Le guió a una de las habitaciones del primer piso. Estaba vacía salvo por un catre de muelles que chillaban como gatos y un taburete. Ladyé sentó allí a

su cliente y se tumbó en el catre. En el mismo colchón, junto a su cuerpo, depositó una pistola como recordatorio de que aquello no era una sesión de intercambio de sexo.

El hombre la miró. La luz sucia que le caía sobre la cara emborronaba sus rasgos. De repente su identidad quedó menos clara que antes. Ladyé notó que estaba llegando al momento más peligroso; aquél en el que se preguntaba si había hecho bien aceptándolo, o si tendría que soltarle una descarga para mantenerlo lejos de sus muslos.

—¿Cuánto tiempo lleva sin dormir? —preguntó. La batería de costumbre.

El hombre cruzó las piernas. No le sorprendió esa pregunta, ni lo harían las siguientes. Ya había pasado varias veces por este proceso.

—Quinientos dieciocho días —contestó—. Y unas horas. Decidí hacerme la Ópera para poder sacar adelante la empresa familiar.

—¿Quién se la costeó?

—El Estado. Operaciones gratis para los empresarios con… —iba a decir mayor categoría pero lo cambió por—: …más de ocho empleados de clase inferior en nómina. La nuestra es una empresa muy pequeña, dependiente de las subvenciones.

—¿Ha experimentado alguna reacción alérgica a la Ópera? ¿Fugas de personalidad, fisuras en el estado infra-REM, precipitaciones líquidas del *yo*?

El hombre se rascó un grano. Unos anhelos que Ladyé no acababa de comprender le alisaban y atirantaban el rostro. Era de los que desviaban la atención al hablar, junto con la mirada.

—A veces —admitió—. Hay mañanas en las que voy a lavarme la cara y veo cómo mis recuerdos gotean de la nariz y se cuelan por el desagüe. Cosas que son yo, o que eran yo hasta ese momento, y que me abandonan y se licuan al contacto con el aire. Es muy desagradable.

—Lo sé. Pasa a menudo cuando se lleva tanto tiempo sin dormir. Es hiperestesia a la percepción de la realidad. —Ladyé buscó el hueco practicado en el colchón que encajaba perfectamente con su columna. Su espalda se lo agradeció—. Ahora cierre los ojos. —Ella los cerró también. La pistola zumbaba con un sonido casi imperceptible, un siseo furioso pero tímido de los campos de fuerza contenidos en el percutor—. Relájese e intente visualizar un glaciar.

—¿Un glaciar?

Ladyé abrió un ojo para espiar. El cliente, disciplinado, mantenía cerrados

los suyos.

—¿Sabe lo que es un glaciar?

—No.

—Pues imagine una pared blanca. Hecha de hielo o de sal amontonada. Fije su atención en ella y concéntrese en no pensar, ¿entiende?

El hombre se retrepó en la silla.

—Adelante.

Ladyé notó cómo corrían los programas de asimilación por su nuca, arremolinándose en bandadas y captando la Ópera de otra persona en las cercanías. La de su cliente, a menos que hubiese alguien más escondido en la habitación. Enlazó con ella y ambas afinaron sus matemáticas, las cuerdas de sus ecuaciones, adaptándose para tocar los mismos instrumentos.

—Allá vamos —le previno—. Disponga sus implantes en modo de máxima recepción.

Ladyé tenía suficiente información como para tejer lo que el hombre demandaba: un sueño hecho a su medida. Colocó los dedos en los suaves rebajes del mango del arma y se abandonó al estado de sueño. Sintió cómo su consciencia iba barriendo la grasa de los engranajes, volviéndose más lenta. El truco era aproximarse al estado REM sin caer completamente en él, o se quedaría dormida (en sueño profundo) delante de aquel tipo, que podría quitarle el arma y hacer con ella lo que quisiera. Tenía que caminar por el borde del abismo, con un pie siempre apoyado en el vacío.

—Vamos a ver. Se encuentra usted en un solar abandonado, situado en una ciudad de su infancia —comenzó.

Una sonrisa pellizcó la comisura de los labios de su cliente. Los símbolos T crecieron como flores de agua en sus sienes y reventaron en diagramas, a medida que la Ópera captaba el pensamiento de Ladyé y lo transformaba en algo propio, genuino e interior al alma del otro.

—Delante de usted hay una fuente de luz llena de gatos que huelen a pelaje húmedo, un rumor de patas acolchadas que se eleva como un géiser en dirección a una nube. A medida que la nube se desplaza, el géiser se inclina con ella. Las colas de los animales están erguidas, en esa pose de finalización del gato que adoptan cuando uno los acaricia. En el cielo se divisan, muy lejos, unas súper bandadas de gaviotas de papel…

El hombre tomó buena nota de todo, pese a que tampoco sabía lo que era una gaviota. Poco a poco se fue situando en la visión que le planteaba la

Soñadora, y se dejó llevar como si la estuviese inventando él. Los símbolos T cabrilleaban por su frente como aves zancudas.

Ladyé hizo equilibrios al filo de la navaja onírica:

—Se acerca al géiser y contempla las colas de los gatos. Están afiladas como espadas. Si esa manada de felinos despegase y se lanzase sobre usted, lo reducirían a un amasijo de carne picada. Aún así, permanece en pie al borde del vórtice de gatos, disfrutando de su belleza, sin advertir que la nube sigue moviéndose y que el géiser va cayendo, lentamente, sobre su cabeza.

—¿Por qué? —protestó el hombre.

—¡Silencio! —exigió la Soñadora. No toleraba interferencias en sus visiones. Antiguamente, cuando la gente dormía, había unos pocos que eran capaces de darse cuenta de que estaban dentro de un sueño y hacer su voluntad como si fueran dioses. En los sueños modernos el cliente siempre era consciente de las circunstancias, pero no le estaba permitido interferir o las matemáticas de enlace se volverían locas. Dejarían de ser álgebra para transformarse en algo cercano a la filosofía desestructurada, lo cual podría ser devastador para su cerebro—. Escúcheme: ábrase a la experiencia con todo su ser pero no opine, ni se queje por nada que vea u oiga, ¿me entiende?

—Lo siento.

—Está en el solar, frente al géiser, casi *debajo* de él —prosiguió—. Las paredes de una casa formada enteramente por flores cosidas una a otras se alzan en torno a usted…

El hombre empezó a temblar. La Ópera estaba recibiendo esa cascada de datos, y si el muy imbécil no había suprimido los cortafuegos, la estaría interpretando como un ataque a sus sinapsis. No había nada peor para un sueño que lo atacasen las matemáticas del cerebro del receptor. Eso lo transformaba en algo extraño, alienígena, peligroso para la cordura.

Ladyé se preguntó, por primera vez, si sería verdad que el pobre desgraciado era novato.

A pesar de todo, siguió adelante. Ya estaba cerca de un punto de trama. Ahí podría dejarlo. Si abandonaba antes el relato, el cliente se quedaría colgado de esa historia durante meses, como si tuviese unas ganas horrorosas de rascarse el culo pero no le llegasen las manos. La inercia del álgebra dejaba un montón de radicales libres por su hipotálamo.

—…Así que alza una mano y los gatos salen volando —continuó, más deprisa. Los implantes sudaban—. Un viejo círculo de reinvención. Y

debajo está su mujer, con el cuerpo que usted recuerda pero con cabeza de carnero y pezuñas de cabra. Aún así lo excita sexualmente. La piel posee cualidades vinílicas en la oscuridad, una morrena de colmillos de marfil y pedazos de próstatas silbantes. Y cuando la acaricia… ¡ella despierta!

El hombre gritó. Había roto el contacto tan bruscamente que su cabeza y su espalda chocaron contra el suelo. Las ecuaciones se quedaron flotando a medio camino. Al cabo de un tiempo (no infinito) se evaporarían, y el aire volvería a ser un medio limpio.

Ladyé se despejó. El grito de su cliente la había sacado del sueño justo cuando sus ojos se estaban empezando a cerrar de verdad.

Empuñó la pistola. Había sido un poco cruel con él, pues en lugar de un bello paisaje onírico le había ofrecido una pesadilla. Sólo los masoquistas pagaban para que les vendieran pesadillas en lugar de sueños plácidos. Pero la Regla de Oro se imponía: el cliente aceptaba lo que al Soñador le saliera del alma, ni más ni menos. Él no sugería ni imponía condiciones, sólo abría su mente como una antena sintonizada en un canal ilegal. Cualquier cosa que entrase por ahí sería bienvenida.

Le apuntó con la pistola, por si acaso. El hombre permaneció de rodillas, mirando al suelo, a la distancia que colgaba invisible de su nariz. Al cabo de un tiempo murmuró:

—Gracias, Soñadora.

—¿Está satisfecho con lo que ha obtenido?

El hombre asintió.

—Sí… no era lo que esperaba, pero de pronto soy más… yo. Estoy centrado. —Habló durante unos minutos de la última vez que había soñado y de lo diferente que resultó de lo que acababa de sentir. Y tras algún punto y aparte que plantó en su cerebro, añadió—: Se van.

Ladyé guardó la pistola en el bolso. Aquel hombre no iba a exigir que le devolviera el dinero. Estaba mirando por la ventana cuando dijo aquella última frase.

Ella se acercó y espió a través de las rendijas de la persiana.

—¿Quiénes se van?

El cliente señaló un grupo de vehículos policiales que levantaban el vuelo como las gaviotas de papel de su (ya era literalmente *su*) sueño.

—Regresan a la madriguera. Voy a salir ya.

Ladyé asintió, satisfecha.

—Otro día más en el Margen de la Eternidad, señor. Que sea feliz y su


recuerdo le acompañe para siempre.

DOS: Margen

Víctor Conde

Margen era una ciudad cambiante, tanto como sus habitantes. Pero también tenía aspectos inmutables, como sus habitantes. Uno podía caminar por sus barrios y sus callejuelas, admirar los ejemplares humanos que se amontonaban en la periferia de un sistema social que era a su vez una periferia de otra cosa, y pensar que había llegado más allá (en todas las dimensiones a las que podía aspirar esa palabra) que ninguna otra persona de su entorno. Que había viajado lo más lejos que una nave comercial podía llevarlo jamás… y no andaría desencaminado.

También podría pasear por las amplias avenidas llenas de tiendas caras y de clínicas de neurocortado que brotaban del espaciopuerto —verdadero corazón ardiente de la ciudad— y sentir que la condición humana era una barrera invisible contra la que estaba chocando a diario. Que sólo por ser un bípedo de cerebro bicameral y mente apoyada en un sucio montón de circuitos de carbono, ninguna naveluz podría llevarlo más allá.

Ya no había mundos colonizables después de Margen de la Eternidad, sólo un angustioso vacío que tenía tanto de eterno como las cualidades que esos mismos vagabundos atribuían a los dioses, a las leyendas y a las canciones.

Sentirse humano, abandonado en las frías calles de Margen, era la condición más baja a la que se podía aspirar; la única que te garantizaba no poder seguir viajando para perseguir unos sueños que a todos le venían impresos como equipaje racial, grabados en el mismo cerebro que había inventado formas de estar siempre pasando página. Viajar sólo le estaba permitido a la materia que no estuviese viva. Soñar no.

Ladyé Opalina se había despedido del cliente, había dormido unas pocas horas en la misma habitación donde cerraron el acuerdo comercial y se había dado un baño. Estuvo más de cuarenta minutos sumergida hasta sus areolas rosadas. Luego se ajustó la ropa de no-llamar-la-atención y salió a la calle, a la bulliciosa mañana de Margen, donde tantas historias la estaban aguardando y tanta gente requería del Sueño para sentirse un poco más humana.

Paseó rumbo a su bar favorito, el Foro Melancolía. El cielo estaba azul y radiante, más de lo que parecían permitir los edificios. Varias circunnavegadoras solares caían a la tierra desde un lugar que Ladyé

conocía bien, una órbita de llegada donde la luz de estrellas era como el acero templado. ¿Hermosas? Todo lo que volara era hermoso. Con su geometría en Y, las circunnavegadoras eran las únicas naves capaces de transportar humanos de un planeta a otro sin matarlos en el proceso, lo sabía, pero eran lentas, muy, muy lentas, y jamás tendrían la capacidad de una naveluz para atravesar el Vacío.

Ladyé las vio aterrizar, cabalgando tecnología Ur, y se preguntó cuántos posibles clientes estarían admirando la ciudad desde sus ojos de buey en ese mismo instante. ¿Habría neuro-operadores especializados en sueños en los catálogos de turistas?

En el aire flotaba un olor a agua de pescado rancia. Era el perfume del código que rezumaban las naves mientras caían, amortajado en crípticos abismos de matemáticas. Ladyé aspiró aquel perfume de computación, esperando, como siempre, que aunque ella no pudiese entenderlo su cerebro sí lo hiciera. Pero era un anhelo imposible. Sólo las naves podían transpirar y entender su código. En él viajaba camuflada la comprensión del cosmos, la noción misma de las estrellas.

Ladyé no sabía qué hora era, pero el Foro estaba en plena ebullición. Incluso las tiendas de comida rápida estaban abiertas, regalando soslayados atisbos de paredes fucsia, cascadas de anuncios personalizados y áreas de degustación instantánea, donde el regusto final de una comida era transmitido a través del oído en lugar de pasar por el sentido del gusto.

Saliendo de uno de esos establecimientos fue donde vio a Visnú.

Su compañero Soñador estaba tan demacrado como siempre —su rostro era una metáfora de la contemplación de la luna en un estanque de aguas turbias—, pero los ojos… oh, los ojos. Siempre estaban llenos de historias.

La palidez de Visnú no tenía nada que ver con los daños colaterales de una mala vida, sino con los efectos secundarios de la extirpación de una Ópera. Ladyé nunca se había creído del todo esa historia, pero si Visnú no mentía, era el único ser humano del cúmulo estelar que había renunciado a un neurocorte tan invasivo, a una lesión tan grave y profunda del cerebro, y había logrado volver a dormir (y a soñar) de nuevo.

Al ver que ella se acercaba, Visnú dejó en punto muerto un mordisco a su loncha de queso.

—Hoy es uno de esos días —declaró.

—¿Qué clase de días? —preguntó Ladyé. Luego cayó en la cuenta—. Ah, esos…

—¿Vienes de clientear?

—Te he dicho muchas veces que ese verbo no existe, querido.

—¿Cómo que no? ¿Y qué me dices de sueñear, neurocortar, simbolificar? ¿Tampoco existen? —Se hizo el dolido—. No me digas eso porque me harás sentir verdaderamente desgraciado. Me desgracifearás.

—Qué tonto eres.

Le agarró del brazo y entraron al local que les servía de acuartelamiento, de oficina e incluso de lupanar próximo a un sueñeo. El Foro. El templo de los que aún creían que la vida era posible después del REM.

En esencia era un tugurio como cualquier otro, a la vera del astropuerto y con todo lo que ello implicaba, pero tenía algo especial, único, que atraía a la gente del negocio como moscas a un abandonado terrón de azúcar. Poseía una barra, sí, y un viejo cartel (no inteligente, sino plano y sin luces) que anunciaba una bebida retro que no se comercializaba en ningún planeta. Era un bar embarcado en un largo viaje hasta la madrugada cuyo plato insignia era mejor no probar hasta que hubiese macerado del todo.

Lambda, la dueña, fraguaba chupitos de ingrediente secreto y nombre estúpido en una esquina del mostrador. Cuando acabase con la reserva de licor, esos pequeños recipientes de olvido conocerían el fondo de una nevera y sólo verían otra vez la luz como anticipo a la oscuridad de alguna garganta.

Ladyé la saludó al entrar.

—¡Hola! ¿Cuántos llevas?

Lambda enarcó una ceja, el único movimiento no automático que en ese momento efectuaba su cuerpo.

—Ochenta y dos en treinta minutos —dijo—. Lejos del récord, todavía.

—Seguro que en los próximos treinta lo conseguirás. ¿En cuánto está el récord?

—En doscientos trece.

Ladyé alzó las cejas, impresionada. Eso sí que era preparar chupitos artesanales y no lo que hacía la máquina de café de la competencia, el Postquemador Cuántico. Un sitio donde, si alguna vez sus amigos la veían poner más que fuera un pie, tenían órdenes —impartidas por ella misma— de sacarla a rastras de allí y darle una paliza.

Los Soñadores se alejaron de la barra y localizaron la única mesa donde la música, merced a un extraño juego de resonancias que nadie podía explicar, era casi inaudible. Allí se podía hablar sin recurrir a los gritos, incluso en hora punta, cosa que sabían todos los habituales. El primero que llegara se

lo quedaba para sí, anclando el trasero a la silla como si de ello dependiera su vida.

Visnú y Ladyé no tuvieron suerte. Otro ejemplar curioso de la fauna del Foro ocupaba el lugar de honor. Se trataba de Slad Versorroto, uno de los bohemios. Era fácil reconocerle por su aire de desorientación constante y por unos ojos distintos a los de Visnú, ojos lastimados, como si la vida junto a la consabida mujer fatal ya hubiese tenido lugar.

Al verlos acercarse, Slad protegió las otras sillas como si ya estuviesen ocupadas (por sus recuerdos, quizá), pero al momento se arrepintió.

—¿Larga noche de trabajo? —preguntó.

Ladyé movió la cabeza en un gesto que podría haber sido un sí, un no o un quizás.

—No sé por qué estos tipos siempre buscan el sueño de noche —protestó. Un gesto de tres dedos en el aire invocó la aparición de sendos chupitos—. Es como si asociaran la oscuridad a la perversión de la Ópera.

—O como si recordasen los viejos y buenos tiempos —dijo Visnú—. Yo me inclinaría más por esto último. Oye, Slad, ¿hace cuánto que no comes?

El poeta lo tuvo que pensar.

—No lo sé, sinceramente. Desde ayer, creo.

Antes de que se negara a recibir su ayuda, Visnú se levantó y fue hasta la barra. Ordenó un par de platos de sabor horrible (pero muy alimenticios, con más calorías que la postcombustión de un reactor kren) y volvió con las servilletas.

—Gracias, amigo —susurró Slad con vergüenza, como si alguien pudiese apuntar aquel gesto de caridad en una libreta y echárselo en cara—. Si doy con un verso realmente bueno, de esos que te dejan la lengua seca como esparto, te lo cederé gratis, sólo para ti.

—Descuida. Si das con uno tan potente, úsalo en tu propio beneficio. Uno tiene que reforzar el tablado que tiene bajo los pies antes de pensar en saltar al patio de butacas.

—Ah, butacas… —suspiró el poeta. Su vista se desvió a un cuadro que Lambda tenía colgado detrás de la barra, junto a la máquina para imprimir tatuajes en el líquido de las bebidas. El cuadro estaba roto por las esquinas, y manchado de quién sabía qué brebajes en algunas zonas, pero era lo que convertía al Foro en el antro de artistas más reputado de la ciudad. Representaba una escena imprecisa de una mitología olvidada hacía mucho, en la que un hombre (Visnú se había puesto ese apodo en honor a él, pues

pensaba que la traducción de su nombre significaba el durmiente) descansaba hecho un ovillo en los zarcillos de una gran serpiente.

Nadie sabía qué significaba la escena, por qué el hombre dormía o qué relación le unía con el ofidio, pero mirarlo avivaba una chispa en su alma de poeta, y eso era razón suficiente.

—Slad, ¿por qué vienes a buscar inspiración a este sitio tan apestoso? —preguntó Ladyé, quizá demasiado a quemarropa.

—Porque algún día nos levantaremos, entraremos por esa puerta y todo volverá a ser como antes. —Esto tenía más de declaración de intenciones que de motivo, pero aún así lo aceptó—. Los bohemios regresarán, y el Foro Melancolía dejará de ser un réquiem de sí mismo.

—Pero ese día puede que no llegue nunca.

—Llegará —declaró Slad con absoluta convicción, y señaló a la ventana. El ritmo de la música había desembocado en una remezcla inspirada de los hípticos de antaño con modernos clásicos como *Me robaste el motivo* o el ideal para corazones rotos *Playa de sal junto a la marea*. El músico seguía mordiendo y acariciando el saxo como sólo se le puede hacer a un amante, y aquél gemía en bochornosas tonalidades tímbricas.

Al otro lado del cristal, las cascadas de hologramas del espaciopuerto se habían apagado y dejaban ver los barrios que se extendían al fondo, con edificios que habían perdido la fe en su integridad estructural mezclados con modernas colmenas de lujo. Era señal de que algo importante estaba a punto de ocurrir. Algo que sólo sucedía en aquellas pistas una vez cada cinco o seis años.

Slad sabía mucho de hologramas, pues su trabajo había sido el de ingeniero de fuegos de artificio, una profesión que combinaba la holografía con la antigua y prosaica pólvora para elevar castillos de luces de gran belleza.

—¿Habéis visto eso? —preguntó el viejo—. Van a enviar otra expedición al Lejano.

—¿Otra más? —Ladyé pegó la nariz al cristal. En efecto, la actividad en torno a las pistas parecía más frenética—. Aún no tenemos noticias de la anterior y ya están pensando en…

—Envían naves cada vez que Mnemmón descubre un nuevo teorema susceptible de ser aplicado al vacío —dijo Visnú, refiriéndose a la IA estagilita del otro extremo de la ciudad. Cada vez que alguien nombraba a ese ser, esa presencia alienígena, un soplo de viento helado parecía levantarse para azotar sus nucas—. Estoy seguro. Despegan antes de que la matemática pierda su pureza.

Ladyé lo miró de reojo.

—Qué tontería. Te lo estás inventando.

—¿Tú crees? —Visnú hizo bocina con los puños y habló con la voz de un espeleólogo extraviado en una cueva—: ¿…Y si a lo mejor no hay otra explicación?

—¡Basta de imaginar! —exigió Ladyé. Lo violento de esta declaración le pilló por sorpresa—. Basta de sueños y de teorías. Necesito hablar de realidades, de cosas concretas. ¿Está buena la sopa?

Slad asintió, sorbiendo de la cuchara.

—Así me gusta. *Eso* es real —dijo la joven.

El bohemio sonrió a la vez que sorbía otro poquito de sopa, dejando ver el líquido acumulado sobre las encías. Le divertía el juego de opuestos que practicaban Visnú y Ladyé. Ella era bajita, pechugona y pizpireta, con una vaporosa cabellera llena de encanto, mientras que él parecía el asta abandonada de una bandera. Procedían de lugares muy distintos, pero por alguna razón la vida los había hecho recalar en el mismo muelle.

Entre ellos aunaban dos filosofías, la del sereno positivismo y la de la eufórica contumelia. Pero cuando se juntaban nadie sabía cuál era cuál. Trató de imaginárselos tumbados en la misma cama mientras Ladyé le ofrecía el lado Soñadora de su boca, y fracasó.

El enanito que colgaba sobre el dintel, encerrado en una diminuta naveluz de cerámica, tintineó cuando la puerta volvió a abrirse.

Entró un hombre que nunca antes había estado en el bar. Ladyé se dio cuenta por cómo paseó los ojos por el salón, catalogándolo como se hace con las cosas que uno encuentra por primera vez. Tenía unos cincuenta años de esos de un insulto más y la cagaste conmigo, con cara de viejo maestro moldeador sacado del astillero corporativo, mentón firme y rasgos que emulaban la dura línea atmosférica de un fuselaje delta. Un gabán granate, con líneas de botones como los de un antiguo corsario de los mares, le llegaba hasta prácticamente las muñecas. No ocultaba las arañas doradas de filamentos que le brotaban del antebrazo y se mezclaban con las venas de sus manos.

El hombre permaneció un momento en el umbral, calibrando la situación, y por un instante la Soñadora pensó que iba a sacar un pistolón e iba a ordenar que se tirasen al suelo. Pero lo que hizo no fue nada tan impetuoso. Se acercó a la barra, le robó la butaca a una jovencita metabolata (en el ecosistema de los bares funcionaban reglas implícitas como la que aquel tipo acababa de violar, privando de asiento a una chica aunque ésta no lo

estuviese usando) y se sentó.

La joven lo miró, asombrada y ofendida a partes iguales. Seguramente era la primera vez que alguien le faltaba al respeto de esa manera, pero aparte de sugerir su desprecio con los ojos no hizo nada más. No se atrevió.

Ladyé siguió fijándose en aquel individuo mientras Slad daba el golpe de gracia a la sopa y Visnú le traía el segundo de tres platos.

Lambda sirvió al visitante un chupito color aceite. El hombre se limitó a olerlo. Al levantar la mano derecha sus implantes quedaron a la vista, revelando flujos de datos en forma de pequeños destellos, algoritmos sintientes que hacían trabajos en el espacio de comando, y que obedecían la voz de su amo como si fuera la del mismo dios de Mechanus.

La verdad, pensó Ladyé, era que más que un turista o un obrero del astropuerto aquel tipo parecía un personaje escapado de una guerra estelar recientemente glamourizada.

Dos dedos chasquearon en su cono de visión, centrándola en lo que tenía más cerca. Visnú.

—Torre llamando a Soñadora —sonrió—. ¿Has saltado al Lejano o todavía estás con nosotros?

—Sigo aquí. ¿Te suena de algo ese tipo, Vis?

Escrutó sin demasiado disimulo al corsario de la barra.

—¿Es una persona o un artefacto?

—Hoy en día… —intervino Slad, melancólico.

—Yo digo que es un futuro cliente —opinó Ladyé.

—No de los que se acercan a mí. —Visnú torció el gesto—. Ese tipo no parece que vaya buscando un sueño a la carta, querida. Él mismo parece un personaje sacado de un cuento. ¿Para qué iba a requerir tus servicios una persona así?

—No lo sé. —Le robó a Slad una lenteja del plato que ya había acabado—. Es un presentimiento. Resbaladizo, pero presentimiento. Si lo ves por el suelo, devuélvemelo. —Se tragó la lenteja—. Te aseguro que antes de que den las cuatro, ese hombre nos habrá encargado un trabajito.

—*Vienen al Foro, vienen al Foro* —canturreó Slad, pelando un muslo de pollo—. *Los perdidos y los que encontraron una senda que no es la suya, vienen al Foro…*

—Te apuesto un beso frente al ocaso que ese elemento sólo está aquí para alquilar alguna furcia —dijo Visnú—. O para optimizar sus programas embebiéndolos en alcohol.

—¿Y qué recibo yo si gano? —preguntó Ladyé.

—Un ocaso para adornar el beso, cariño.

Visnú tenía que estar en lo cierto, pensó Ladyé. Sólo había dos clases de personas que entraban en aquel bar: los que estaban tan inmersos en la realidad que necesitaban que alguien como ella abriese una ventana para oxigenar, y los que buceaban en la nostalgia pensando que algún día ellos mismos serían Soñadores.

También había clientes normales, claro, pero esos no contaban. Ladyé sabía separar a los clientes especiales de aquellos que sólo estaban de paso… y que la metiesen debajo de la tobera de un repulsor si aquel tipo no era uno.

Entonces sucedió algo que hizo, por una parte, que Ladyé ganara más confianza que nunca en sus habilidades de observación, y por otra que Visnú perdiera un beso.

El tipo de la barra se levantó, dejando su olor impregnado en la butaca (que la joven metabolata no se molestó en recuperar) y se dirigió a la mesa donde ellos estaban sentados. Cuando estuvo frente a los tres habituales, preguntó con un exquisito acento de la órbita alta:

—Disculpen, dama y caballeros, pero… ¿es cierto que éste es el mejor lugar de la ciudad para contratar los servicios de un Soñador?

TRES: Oniric Noir

Víctor Conde

Dos capas de parroquianos se agolpaban frente a la barra. El local había completado con éxito varias etapas de su carrera hacia la madrugada, y la gente no sólo no se marchaba sino que iba llegando más. Eso era bueno para el negocio, pero obligaba a Lambda a quedarse entre bastidores por si alcanzaba el récord de licores preparados por minuto, y confiar el cara al público a sus empleados. Huelga decir que ni se fiaba del todo de ellos, ni los chupitos salían perfectos porque uno de sus ojos estaba siempre puesto en la caja.

Ladyé, Visnú y Slad… bueno, Slad no; hacía un cuarto de hora que Slad no. Se había quedado dormido con media cabellera dentro del plato, y hasta sus ronquidos eran cómplices de la música de ambiente. Pero el dúo de Soñadores no quitaba ojo de encima al corsario del gabán granate. Estaban fascinados. Habían averiguado que el hombre se llamaba Noir, que tenía cincuenta y dos años subjetivos (y un montón más de ellos objetivos, a fuerza de saltar entre estrellas y ser reconstruido de la crioestasis aquí y allá), y que había sido escogido como uno de los pilotos privilegiados que subirían a las navesluz de la expedición que se estaba preparando en el astropuerto.

Ese dato despertó suspicacia en Ladyé.

—Creía que ningún piloto iba a bordo de esas naves —dijo en voz baja. El juego de ecos obraba su magia, y aunque los ritmos de la charla y de la música se imbricaban y separaban, hervían y vibraban, ellos seguían estando aislados en una campana de silencio.

—¿Hace cuánto que trabaja en este lugar, señorita? —preguntó el corsario, sin juzgarla. Las expresiones de su boca estaban prensadas sobre dos estrías en los músculos, como si hubiese estado toda la vida tocando un clarinete.

—Cuatro años —respondió Ladyé. En realidad eran cinco, pero no sabía por qué, dijo una mentira.

El hombre amontonó sus manos sobre la mesa, como si fuera a darle una charla sobre el protocolo o la tecnología espacial, pero sorprendentemente fue Visnú quien habló.

—Es menos que la fecha de la última expedición —entendió—. Desde

entonces no es de dominio público. Verás, querida, aunque a la gente le gusta afirmar que las naves de espacio profundo son nocivas para la vida humana, en realidad no es así. No del todo.

Ladyé miró a su compañero, atónita.

—¿Y tú sabías eso? ¡Pero si los pilotos que salen de la academia…!

—Huyen despavoridos en cuanto les mencionan esos trastos, ya. —Sorbió de su cerveza—. No te creas todo lo que cuentan.

—Toda naveluz… necesita un… alma… —apuntó Slad, secretando esa frase de una pesadilla. Era un bohemio, genuino y sin Óperas que estigmatizaran su Ello, así que todo era posible.

—Por cada nave hay un piloto —explicó Noir, bajando la voz—. Siempre ha sido así, sólo que en este caso es la nave quien lo elige a él, y cuando lo hace es una unión de por vida. Un sacramento.

—Oh —fue la opinión de Ladyé, a su modo muy tajante.

En la barra había movimiento. Las adolescentes ya se marchaban; dos horas de exposición a aquella música, con ritmos cómplices de un idioma que se hablaba en otro mundo, las había desgastado hasta devolverlas a un estado de crisálida social. Sólo necesitaban un poco de sexo desinhibido para salir adelante; seguramente lo buscarían en las próximas horas en los moteles cercanos, entre ellas mismas o con sus compañeros de juerga.

La Soñadora miró al corsario como preguntando: *¿Y qué demonios tiene esto que ver con nosotros?*

—Necesito un sueño que me ayude a hacer más llevadero el viaje —explicó Noir—. Mi comunión con una naveluz está próxima, y apenas me queda tiempo para preparar mi mente.

—¿Cuánto tiempo lleva sin dormir?

—Mucho.

Cuando quedó patente que no iba a ser más explícito, Visnú preguntó:

—¿Cuánto tiempo estima usted que su cerebro estará en estado de alerta durante el viaje?

—Más aún.

La siguiente pregunta se le antojó innecesaria, pero viendo el rumbo que estaba tomando la conversación, Ladyé prefirió hacerla:

—Perdone que se lo pregunte tan a las claras, pero… ¿qué clase de Ópera tiene injertada en el cerebro?

El corsario comprimió la boca, haciendo más profundos los surcos de

clarinetista.

—No llevo ninguna Ópera encima. Pero si pueden conseguirme un sueño que merezca realmente la pena, que me haga compañía durante los agotadores años de viaje por el Lejano, estoy dispuesto a pagarles setenta millones de fids. A uno solo de ustedes o a repartir, como lo crean conveniente.

El mundo pareció detenerse alrededor de Ladyé y su compañero. O más bien, seguir su curso sin ellos.

Hubo una risa lejana y el sonido de un vaso rompiéndose. La luz de neón fluctuó con un rumor de patitas de insecto. Del astropuerto llegó la resinosa exudación predespegue de una nave de carga, bañada en su propia peste a código.

El corsario separó las posaderas del asiento.

—No les estoy tomando el pelo —aseguró—. Vengan mañana por la tarde al astropuerto, hangar diez-zeta. Pregunten por mí y les enseñaré el dinero. Podrán tocarlo y olerlo, y si lo desean, también lamerlo. —Se subió el cuello del gabán hasta la línea de los lóbulos y se marchó. Más o menos cuando cruzó la puerta fue el momento que eligió Slad para despertarse.

—Errrggbbbll —bosteructó, como diría Visnú—. Ah, hola, chicos. ¿Me he perdido algo interesante?

Frente a la fachada del viejo hotel Borealia, la sombra de una columna caía sobre los transeúntes con todo el peso de la propia columna. Bajo la ecléctica iluminación de llamas de nafta, los vehículos cruzaban sin hacer ruido de un lado a otro, siempre de izquierda a derecha y de abajo hacia arriba.

La gente caminaba con prisa hundida en los abismos de sus gabardinas. Un borracho pasó cerca de la esquina donde se apoyaban Ladyé y Visnú, buscando un lugar donde orinar, pero el único disponible era feudo de unos perros con sarna.

Ladyé estaba asombrada. Había sido una tarde de encuentros sólidos, de esos que dejan huella, empezando por el propio Visnú y acabando por el chiflado del bar. Aún ahora, que empezaba a anochecer y había tenido tiempo para meditarlo, el episodio le parecía tan inverosímil, tan de cuento de hadas, que ni la promesa de esa ingente cantidad de dinero bastaba para motivarla.

—Setenta millones —se burló—. Como quien te lanza una moneda al

cuenco.

—No hagas caso, será un loco escapado de alguna nave de tercera clase —sonrió Visnú, llevándose una pipa de nácar a los labios—. Nadie paga tanto dinero por un poco de fantasía. Y aunque fuese cierto, ¿cómo íbamos a inyectarle el sueño en el cerebro, si no tiene Ópera?

Ése era el principal problema. Ladyé lo sabía, pero no iba a discutir con Visnú sobre un asunto tan obvio que parecía un chiste. Hacía décadas que el cerebro humano se había convertido en una máquina obsoleta, ineficaz en sus procesos y en su criterio, siempre agotado y embebido de química venenosa. No era una máquina de pensar, sino una jaula de grillos donde batallaban conceptos tan irreconciliables como el sentido del yo, la responsabilidad, los recuerdos, la libido, el gusto por la moda… mil constructos que la evolución había metido en el mismo saco bajo la premisa del deja que peleen y el más fuerte reinará.

Durante milenios, los filósofos se habían regodeado en la idea de que por muy avanzadas que se volviesen las máquinas pensantes, jamás iban a poder suplantar la chispa de la creatividad, la energía del alma, lo que hacía únicos los cerebros de los hombres. Pero se equivocaron. Las máquinas no sólo se hicieron más veloces y exactas, sino que también desarrollaron la chispa.

En la propia ciudad tenían un ejemplo de ello: la IA Mnemmón, la Estagilita, encaramada a lo alto de una columna en mitad de una zona devastada llena de derrelictos de naves espaciales, donde nada vivo podía subsistir más de uno o dos días. La radiación que sudaban los antiguos motores y lo que trajeron pegado al casco de las profundidades del Lejano se encargaba de mantener despejada la zona.

Catedral de lo imposible, la llamaban algunos. Campo de juegos de un dios dadaísta y tornadizo, lo definían otros. Pero la Estagilita seguía allí, en lo alto de su columna, pensando, meditando, rezando, calumniando o lo que coño fuera que estuviese haciendo, y demostrando a la vez que una máquina podía ser tan creativa, teóloga, artística, cínica y poco algebraica como el humano más bohemio. Como Slad.

Ante ese panorama de desolación evolutiva, de autopistas sin carteles y lamentos del estilo de qué cojones vamos a hacer ahora con esta raza de cerebros embriagados de acetilcolina, los humanos se instalaron las Óperas, el interfaz definitivo, la puerta a un nuevo mundo sin periodos de sueño, de actividad constante y constante pensamiento. El clásico aforismo dormir es morir la mitad de tu vida quedó obsoleto, y el ser humano dejó de ser un desecho ineficaz para ponerse a la altura de sus propias creaciones.

Sueño parecía ser la palabra errónea en la ecuación. Ladyé se cuestionó si lo que aquel piloto estrafalario necesitaba no era más bien una palmadita en la espalda que le ayudase a subir el último escalón de la nave, aquel que en el momento de máximo terror le hacía plantearse a uno la sabiduría de sus elecciones.

—Esto nos va a complicar mucho la vida —suspiró.

—Podemos ignorarlo sin más —opinó Visnú. El arco de su pipa se arqueaba como la espalda de una mujer—. O mejor aún, denunciarlo a la policía. Alguien tan loco como para ir por la ciudad ofreciendo primas millonarias a quien le ayude a salir de un absurdo está buscando que lo linchen.

—Sí, eso mismo deberíamos hacer…

Ladyé observó el muro del astropuerto. Densas espirales de mariposas ejecutaban una danza de apareamiento a lo largo de la barrera. Era gracioso: fluían como un problema de mecánica estadística.

—Oye, Visnú —preguntó, con voz romántica—. ¿Tú crees que algún día podremos transmitir sueños a la gente sin la interfaz?

Un aro de humo dejó atrás la boca de Visnú.

—No —contestó—. Lo dudo mucho. Aunque… No, definitivamente no.

—Me refiero a como se hacía antes, volcando tus historias en un código sobre papel y dándoselo a la gente para que lo lea.

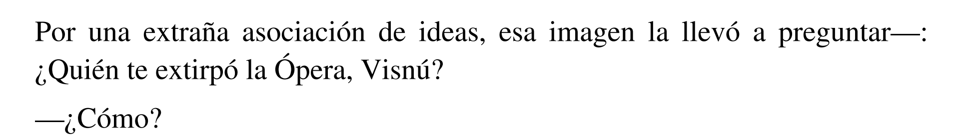
Visnú rió. Habría reaccionado igual si Ladyé le hubiese dicho: ¿Sabes?, ayer vi un conejo de dos cabezas con los labios pintados de carmín.

—¿Hablas de libros? —se mofó—. ¿Historias de esas escritas con tinta? Ese tipo de excentricidades sólo atraerían a la Estagilita, o a otros seres supermecánicos de su clase. Pero a las personas no. De ninguna manera. Nadie se arriesgaría a malgastar la cantidad tan absurda de tiempo que requiere asimilar la información en ese formato.

—Pero siguen viniendo a buscarnos al bar —discrepó la joven—. Y pagan para que les contemos historias. Han dejado de dormir, pero *necesitan* los sueños.

—Sí, sueños lanzados directamente a su hipotálamo —asintió Visnú—. Asimilación instantánea de manera que el cerebro, aunque conozca las circunstancias en las que esa información le fue suministrada, es engañado para que crea que las imágenes las inventó él. El dolo de Oneiros.

—Yo creo que sí se puede —se empecinó ella, y prendió la vista de la estela de una circunnavegadora que despegaba haciendo trizas el mach 20.


Por una extraña asociación de ideas, esa imagen la llevó a preguntar—: ¿Quién te extirpó la Ópera, Visnú?

—¿Cómo?

—¿Quién te neurocortó para devolverte a tu estado de gracia soñadora de antes del injerto?

Se paseó la boquilla de nácar por los labios.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Si tú pudiste retornar… tal vez otros también lo hicieran. Quiero averiguar si es realmente posible.

—¿Crees que ese chalado pudo renunciar a una Ópera? —se asombró Visnú. Era una posibilidad tan obvia que ni se le había pasado por la cabeza. Al ponderarla incluso se sintió un poco celoso; eran demasiados años de saberse único, inimitable, para admitir de buenas a primeras que otras personas también pudieron hacer el viaje de vuelta.

Ladyé le arrebató la pipa y dio una buena calada. Tosió.

—¡Por la IA! ¿Qué clase de basura quemas aquí dentro?

—Una que ninguna joven de buena familia debería ni siquiera oler, tonta.

—Yo no soy de buena familia. ¿Y bien, vas a decirme quién te cortó o tendré que poner pucheros?

—No, por piedad, todo menos unos pucheros…

Visnú desvió la vista al mar de tejados que se adivinaban en la distancia, unas casuchas amontonadas contra el muro como si éste hubiera detenido una morrena de urbanismo.

—Vive en los barrios. Se llama Pájaro Burlón, y cuando yo la conocí, era una mujer. No sé quién o qué será ahora.

—Pájaro Burlón… —repitió Ladyé—. Me gusta el nombre. La encontraré.

—Suerte con eso, pero te advierto que será una pérdida de tiempo —dijo con voz cansada. Uno de los perros sarnosos se acercó para olerle la bota, y recibió un puntapié como premio a su curiosidad—. Ese Noir no decía más que patrañas. Nadie paga una fortuna por un sueño.

—Seguro que estás en lo cierto —convino ella, mientras se alejaba barriada adentro—. ¿Pero qué clase de Soñadora sería si no intentase hallar aunque fuese un destello moribundo de luz al final del túnel?

Visnú la vio alejarse y soltó una maldición. Ese era el problema de su amiga. Sobre el papel era una chica con posibilidades, pero en la práctica… se dejaba arrastrar demasiado a menudo por sus impulsos.

Como todos los supervivientes de la calle, había cambiado mucho desde que la Ladyé original desembarcó de una nave (o se cayó de una estrella), y pasó sus primeras semanas de verdadera hambre orbitando el Foro. Pero a veces la chiquilla de ojos vivaces sacaba la nariz y se dejaba ver, instalada como una estructura tectónica bajo las salidas de tono y las maneras vulgares del conjunto Ladyé.

En esos momentos críticos, los que la conocían estaban seguros de que se iba a meter en problemas.

Había empezado a llover con fuerza, y el agua arrastraba la luz de neón como si fuese líquida. Al fondo, sobre una pista, otra nave despegó envuelta en ultravioleta duro.

Mujeres, se lamentó Visnú. *¡Y libros! Menuda combinación más terrible.*

CUATRO: Pájaro Burlón

Víctor Conde

Ladyé fluyó más que caminó por los callejones, con la soltura del que los conoce tan bien como al fondo raído de su bolsa. Se topó con una patrulla de conejos tras una esquina, con los destellos de las torretas y la armadura de acerámica dispuestos en modo de guerra. Estaban asaltando un inmueble del que salían volando las ratas, de dos o más patas, como si alguien hubiese echado una bomba de gas por debajo de la puerta.

Ladyé no mostró más interés por el cuadro de lo necesario. Uno de los conejos la miró y pudo sentir cómo la analizaba en el espacio operador, invocando matemática del mismo aire para cachearla, indagar un poco en sus secretos y llegar a la conclusión de que no suponía una amenaza. Ladyé siguió andando hacia la siguiente esquina, oyendo sin oír las detonaciones de vibroarmas dentro del inmueble.

Dejó atrás ese barrio y cruzó por la arcada de los navegantes, puro escapismo para ricos donde uno podía grabar su nombre en la estela de los gloriosos desaparecidos en el Lejano por una buena cantidad de fids (aunque ni de lejos tan elevada como la que les había ofrecido Noir). Daba igual que no hubiesen pisado una nave o un candelero en sus vidas, lo importante era el dinero.

Un gigoló que se hacía pasar por neurocortador le guiñó un ojo con una pupila divergente. Sus cinco clientes mantenían arrugado el rostro en expresiones de amenaza juvenil, mientras dirigían hacia cualquier otro lado la frustración por saberse menos que un glorioso perdido de verdad. Era difícil saber cuán extraviada estaba una persona, igual que era difícil para esa persona saber a qué distancia estaba de los demás.

Ladyé no tuvo que callejear demasiado hasta encontrar lo que buscaba. Un astronauta que llevaba arremangada la mitad superior del traje de vacío y hacía señas de auto-stop, como si en cualquier momento una nave (o una estrella) pudiese descender para recogerlo, le indicó una dirección junto a los invernaderos colgantes de Sauvy. Esos edificios de cristal no estaban en la zona pobre, pero tampoco le extrañó: si la cortadora había hecho fortuna con sus trabajos, era lógico que hubiese acabado comprando un piso en el barrio alto.

Sauvy era un laberinto de edificios de cristal, alzados a modo de

descomunales invernaderos y conectados unos con otros mediante una selva de puentes colgantes, pasillos, túneles y pérgolas del más fino cristal decorado, endurecido mediante inyecciones nanométricas de metal. Contaban que el sol sabía muy bien adónde se dirigía salvo cuando entraba en este barrio. Una vez encarcelado en los boscajes de metal y vidrio, ni siquiera él era capaz de encontrar la salida. Era como regresar a un periodo geológico anterior (o muy adentrado en el mañana) milimetrado para encajar en el diseño inteligente de las dolomías.

Ladyé tableteó con los nudillos en una puerta que parecía un rosetón, con un rostro humano cincelado en cuarzo en el centro.

Un sistema automático de alarma se activó al otro lado.

—Váyase, se ha equivocado de sitio —advirtió una voz que sonaba más a acordes de cítara que a un altavoz convencional.

—Soy amiga de Visnú —dijo Ladyé. Si los sobreentendidos no funcionaban con aquella máquina, se había acabado su búsqueda.

—Márchese, está en un lugar peligroso —insistió la voz.

—Conozco a Visnú, del Foro Melancolía. Es por él que estoy aquí, y…

—Este no es un lugar seguro para los de su especie. Desande el camino, es un consejo.

La situación se prolongó quizá tres minutos, hasta que apareció una sombra al otro lado del rosetón y apagó de un manotazo el altavoz. El rostro de cuarzo se iluminó como si alguien hubiera encendido una lámpara dentro del cráneo, y una voz de mujer preguntó:

—¿De verdad es amiga de Visnú?

—Sí. He venido a propósito de una intervención que usted le hizo hace años, con respecto a su Ópera.

El estrecho panel corredero se disparó hacia atrás. Encuadrados en la abertura había un par de ojos marrones y una porción de piel negra y pecosa. Las pupilas se dilataron por la diferencia de luz y examinaron a Ladyé de la cabeza a los pies.

La puerta se abrió. Pájaro Burlón, si es que se trataba de ella, seguía siendo una mujer, pero su aspecto impactó a Ladyé más por lo arriesgado de sus fisiocortes que por la manera como aquellos ojos, de un marrón hundido entre pestañas de carbón, la escrutaban.

Pájaro tenía la piel muy oscura, casi azul espacio, con erupciones de granos blancos aquí y allá que semejaban distantes constelaciones. Tenía los labios muy anchos y la nariz chata, unos rasgos negroides que contrastaban con el

platino de su cabello, tan blanco a la luz de la farola que parecía brillar. Vestía un collage de trozos de tela rectangulares con borlas en los extremos, un gorro frigio (del que se derramaba su melena como una cascada salpicada de bucles), y una falda que al llegar a la pelvis se ensanchaba de manera desproporcionada.

Todo ese genotipo alterado venía a confirmar las dudas que había manifestado Visnú sobre la apariencia de la cortadora: este tipo de profesionales no sólo intervenían el cerebro, sino también el resto del cuerpo. Probaban sobre sí mismos sus diseños y luego los vendían como lo último en DNArte.

—Entre —la invitó Pájaro.

La sala estaba impregnada de una humedad que brotaba del suelo. Enormes plantas nacían de los mismos cristales de las ventanas y se enramaban formando bóvedas, redes vestidas con camisones de telarañas y flores que rompían a llorar con cada estimulación lumínica de los pistilos. Esporádicas lluvias de lágrimas, destiladas en sus pétalos, se desataban aquí y allá bañando el pavimento y a los otros ocupantes de la estancia, pequeños robots con forma de payasos de juguete.

Uno de los payasos se volvió de repente hacia Ladyé y alargó los dedos bajo su nariz.

—¿A qué saben mis uñas? —preguntó.

Ladyé lo miró, sorprendida, pero al momento entendió que era una prueba. Sólo un bohemio sabría qué responder a eso.

Sacó la punta de la lengua y le lamió una uña.

—A pétalos —respondió—. A salitre y atardecer, tal vez.

Pájaro asintió, complacida, y le acercó una silla. Ella se sentó en otra (no había más mobiliario presente) y pidió a los enanos que les sirvieran un té. Tomaron el agua de los charcos de lágrimas de flores.

—Así que una amiga de Visnú, ¿eh? ¿Qué quiere de mí? —preguntó Pájaro. Ahora que estaba sentada, sus glúteos sobresalían por detrás de los muslos como alerones de caza hechos de gelatina. La mujer explicó—: Fisiocorte colonial. Experimento con él antes de ofertárselo a mis clientes.

Ladyé se sonrojó, intuyendo que sus miradas de soslayo no habían sido todo lo discretas que pretendía.

—No hace falta que se explique, yo…

—No me importa, se supone que esto tiene que resultar estético. —Cruzó las piernas y la nalga derecha fluctuó como un flan dulce—. Aún no me ha

dicho su nombre.

—Me llamo Ladyé. Trabajo con Visnú en el Foro. Él me contó la historia de su Ópera, y de cómo acabó aquí. —Sintió la necesidad de precisar—: Con usted.

—Es cierto. Le hice un favor hace años que, por cierto, no me ha devuelto. Al menos, no con el grado de satisfacción que me gustaría —sonrió la cortadora, eligiendo una taza de la bandeja que trajo uno de los robots. Ladyé aceptó la otra. Olía a mujer con mejillas coloradas después de haberse desahogado llorando durante horas—. ¿Es usted Soñadora?

—Sí.

—¿Para otros?

—Sí.

—Entiendo. Muy interesante… —Uno de los payasos se situó con discreción en una zona de penumbra, cerca de su señora. Parecía el mayordomo perfecto, de no ser por la estatura y el maquillaje escarificado —. ¿Qué le interesa saber sobre Visnú?

—Yo… sólo quiero saber si es posible retirar una Ópera de un cerebro de modo que el paciente siga teniendo acceso a algunas de sus prestaciones. Es decir… —Esto le sonó disparatado ya desde la primera palabra, pero en el fondo era lo que había venido a buscar—. Quiero saber si una persona sin una Ópera puede descargar sueños del espacio operador. Y engañar al cerebro para que piense que son suyos.

La pregunta impresionó a la cortadora. Parecía una profesional que estuviera a punto de colocar sobre la mesa la suma de su experiencia y la de sus antepasados, pero que en el último momento se retiraba, dudosa de las consecuencias.

—¿Me está preguntando… si se puede extraer información del limbo de control sin tener una interfaz instalada? ¿Es eso? —A priori, la respuesta a esa cuestión era tan obvia, tan de niño que empezaba a abrir sus primeros libros sobre tecnoempatía, que el simple hecho de que alguien se la formulara ya sugería que había truco.

—Me temo que sí.

Pájaro sorbió un poco más de su infusión de tragedia botánica.

—Hace unas horas se me acercó un individuo que quería contratarme por una elevada suma. Necesitaba un sueño, como los demás —resumió Ladyé —. Pero no tiene interfaz.

—Entonces está loco.

Esa frase desalentó a Ladyé.

—Entonces es cierto. No hay forma de resolver el problema de la descarga libre.

La cuchara de la cortadora hizo surcos en el té, curvas de pensamiento que parecían tirantes en aquella pátina elástica.

—No tire la toalla tan rápido —murmuró—. Yo no he dicho que sea imposible.

—¿Entonces es factible? ¿Se puede hacer?

—¿Qué interés tiene en que así sea?

Ladyé alzó los hombros.

—Económico —dijo con sinceridad—. Si ese tipo no está loco ni está intentando estafarnos, y yo tengo dentro de mi cabeza lo que él busca, podré retirarme después de este trabajo. Comprarme una casita en otro mundo lejos de las órbitas de atraque.

Pájaro sonrió. Sí, eso era lo que ansiaban todos, incluso los que ya vivían en aquellos mundos idílicos.

—Lo que dije fue entonces está loco —dijo la cortadora—, porque la cordura es un aleteo de mariposa que cuesta prolongar en el tiempo una vez se ha extirpado una Ópera. ¿Acaso Visnú te parece cuerdo?

El hombro de Ladyé fue a encontrar su barbilla. No, desde luego que no se lo parecía. No era un loco peligroso, sino más bien uno egregio y petulante, pero cualquiera que siguiese el hilo de una de sus *extrañagantes* conversaciones se daría cuenta de que había un cable pelado haciendo masa en alguna parte.

—La locura es buena, es una antigua amiga de los pilotos —dijo Pájaro Burlón—. Les aporta el combustible sensorial necesario cuando toda referencia exterior se ha convertido en humo. —Hablaba como si ella misma hubiese estado allá arriba y supiera bien cómo dolía esa sensación, así que Ladyé se limitó a mirarla con asombro y dejarla hablar—: Todo el mundo ha oído hablar de la Ópera. Casi todos los jóvenes se la implantan en cuanto cumplen la mayoría de edad para resultar competitivos en el mercado de los Insomnes, pero pocos saben que como interfaz es sólo el más eficiente, no el único. Ni el menos nocivo.

Le tocó a Ladyé remover la mezcla de su taza.

—¿A qué se refiere?

—La Ópera no es más que un juguete caro, comercializado como si fuese la panacea de la nueva sociedad. Pero si hablamos de tecnología debemos

hablar también de matemáticas. Y no sólo de las actuales, sino del álgebra antigua, la que hoy se considera pasada de moda. —Antes de que Ladyé pudiese decir nada, la mujer de piel oscura y glúteos como barreños de aceite continuó, pisándose su propia frase—: No crea que todos los paradigmas lógicos son eternos: existen porque explican cosas, pero cuando la explicación se vuelve demasiado compleja o demasiado metafísica, las pizarras son borradas y se empiezan a buscar nuevas ecuaciones, no necesariamente cabales, pero sí útiles.

—¿Existieron… antiguamente otras versiones de la Ópera?

Pájaro entregó la taza al payaso y éste la premió con un movimiento de su naricilla pintada, como si él fuera el amo y ella la sirvienta.

—Mira a la costa. A cualquier costa —sugirió—. A las olas que apilan sus propios restos contra las rocas. Eso es la ciencia, ola sobre ola sobre reflujo de olas. Lo que hoy es cierto, ayer fue un mito y mañana una vergüenza. Los humanos hemos conseguido acceder al limbo igual que hacen nuestras naves, extrayendo de él más problemas que soluciones, aunque pocos quieran admitirlo. Sin embargo, antes que nosotros, otros lo lograron. —Afiló los ojos. Ladyé tragó saliva. Sentía la garganta reseca, a pesar del té—. Es una simple cuestión de perspectiva, de centripetismo cultural. Puede que tu amigo el astronauta haya descubierto retazos de esa ola primigenia que llegó a nuestra playa antes que la actual. Que pueda leer su onda y saborear su espuma, o bien sepa cómo recolectar las conchas que abandonó como testigos.

—Olas sobre olas… —repitió la Soñadora, fascinada. En todos los años que llevaba ejerciendo su oficio, nadie le había hablado así, de una forma tan profunda y tan críptica al mismo tiempo. Era como una emboscada para empujarla al interior de sí misma, en busca de aquellos planteamientos que nunca le habían importado porque no eran necesarios para ejercer su oficio—. Pero… ¿quién pudo poseer esta tecnología de neurocorte antes que nosotros? ¿Quién compartió el espacio con las naves antes de…?

Enmudeció.

Por supuesto. La respuesta era totalmente lógica.

Pájaro Burlón se levantó y le tendió la mano.

—Ya tiene lo que buscaba. Espero que algún día pase por aquí para agradecérmelo, no como su colega Visnú.

—Claro… —susurró Ladyé, aturullada por sus propios pensamientos. Comprendió que estaban hablando de un precio—. Claro, claro, claro. ¿Qué le debo por su ayuda?

—Lo que usted vende. Un sueño. Pero uno bonito, verdaderamente hermoso, que tenga que ver con plantas que lloran y sus amores perdidos…

La mujer abrió los brazos coincidiendo con la intrusión de un rayo de luz, y una cascada de pesares herbarios llovió sobre ella. Sólo entonces Ladyé tuvo una visión fugaz del taller que se escondía tras el muro de vegetación, y que era donde Pájaro practicaba su arte. Las ramas con hojas se apartaron y vio camillas con cuerpos tendidos. Extrañas máquinas provistas de apéndices de insecto y ojos de cristal los tejían (no los esculpían, modelando carne o huesos, sino que los tejían a partir de finas hebras de un material rojizo).

Aquellos cuerpos le dieron mala espina: ¿estaba viendo clones sin vida, proyectos inacabados… o a verdaderos clientes en plena metamorfosis de un concepto vital a otro?

Era imposible saberlo. Igual que los cuadros, los trabajos de cirugía sólo podían juzgarse cuando se contemplaban desde lejos, con visión de conjunto.

Ladyé abandonó aquel palacio de plantas que sufrían y enanos que reían eternamente. Se preguntó si la razón que se escondía detrás de ambas emociones era la misma, y salió a la calle, a la trastienda en mal estado de la ciudad.

El nombre que había surgido de su memoria cuando Pájaro recondujo sus pensamientos volvió a ella.

Por supuesto que existía alguien que había vivido la anterior ola de la ciencia. De hecho, era más que probable que la hubiese provocado ella. El problema era que, aunque habitaba en la ciudad junto con los humanos, raramente conversaba con ellos. Vivía en un paradigma de la realidad tan distinto, tan egocéntrico y absurdo y sofisticado y pseudo-divino, que nada de lo que los hombres pudieran aportar le interesaba lo más mínimo.

Ladyé volvió sobre sus pasos al Foro Melancolía, fraguando en su atareada cabeza una manera de interrogar, sin morir en el intento, a la IA estagilita.

CINCO: La Nueva Ola

Víctor Conde

Ladyé sólo había estado en las pistas del astropuerto una vez, justo cuando llegó a Margen, y por aquel entonces no era más que un número en una larguísima fila de personas, con una tarjeta de residente en una mano y un bocadillo a medio acabar en la otra. Una vez traspasó las puertas de la estación, no volvió a cruzarlas nunca, no fuera a ser que el servicio de Inmigración se arrepintiera y decidiera revocarle el permiso.

Por eso, cuando cruzó la verja de seguridad y se encaminó al hangar diez, no pudo evitar una sensación de congoja.

El tráfico de naves había sido desviado a las pistas exteriores, mientras que las del centro habían sido valladas y aseguradas por el Ejército. Podía apreciarse a simple vista la frenética actividad que llevaban a cabo los operarios y sus máquinas, preparando el pozo central de despegue para las navesluz.

Slad tenía razón: algo muy gordo se estaba cociendo.

Ladyé tomó un transporte de zona para que la llevara al otro lado de las pistas, donde hangares de un kilómetro de largo perdían su silueta en la distancia, frente a naves posadas que eran tan grandes que se divisaban como manchas difusas en la neblina. Una luz prismática se reflejaba en los motores de aquellas cosas, subrayándolas con esquejes de fosforescencia. Zánganos robot subían y bajaban por la geometría del metal reparando pequeñas taras y haciendo comprobaciones de rutina. Algunos eran atrapados por la luz y asimilados por la estructura de la nave, como si siempre hubiesen formado parte de ella. Estas bajas de guerra al momento eran reemplazadas por nuevos zánganos inmunes a tal parasitismo, construidos sobre la marcha por las fábricas de herramientas antígenas.

Ladyé evitó mirar esos impulsores, esas máquinas gigantescas que movían las circunnavegadoras, pues lo que albergaban no era lógica humana, sino un lapso feroz de mecánicas cuánticas, de instantes de luz y calor que apenas eran descriptibles como reales. Conceptos del viaje espacial en los que más valía no pensar para no volverse esquizofrénico.

El hangar diez era una porción (una muy pequeña) de un edificio que albergaba talleres, oficinas, centros de adiestramiento e incluso viviendas para los pilotos en tránsito. La Soñadora atravesó una puerta de cincuenta

metros de altura y miró a lo lejos, en la distancia, a lo que contenía aquel extraordinario recinto.

Había un pequeño escuadrón de naves de salto alineado frente a las grúas. Otros zánganos más pequeños cuidaban de estas máquinas y las ponían a punto, mientras los pilotos paseaban a su alrededor y vigilaban que tales manipulaciones no afectaran al resto de los sistemas.

Uno de estos pilotos era Noir.

Ladyé se acercó a él y permaneció quieta a su lado, en silencio, mientras el corsario (que ya no vestía aquella chaqueta estrafalaria, sino un mono gris) repartía instrucciones a los mecánicos.

En cuanto terminó, Noir se giró hacia ella con una radiante sonrisa.

—Vaya, me alegra que usted también haya venido —comentó.

Ladyé frunció el ceño.

—¿También?

—Su compañero llegó hará una hora, pero he estado ocupado con el manifiesto de reparaciones.

Como para ilustrar sus palabras, un aburrido Visnú surgió como un títere alto y delgado de detrás de una grúa, con cara de haber estado dormitando mientras Noir ponía orden en el hangar. Vestía unas sedas andróginas que lo confundían a la vez con un caballero y su respectiva damisela cortejada.

Al ver a Ladyé, dobló un poco el torso desde la cintura, en un asomo de reverencia con la cabeza ladeada hacia atrás, para que el vestido la ofreciera envuelta en seda.

—Conque no merece la pena preocuparse por este asunto, ¿eh? —le recriminó Ladyé—. Es una locura a la que no debemos prestar la menor atención, ¿eh?

—Bueno, ya sabes cómo funciona esto: si existe la más mínima posibilidad de que un trato salga adelante, ¿por qué no aprovecharlo?

Ladyé sintió crecer su enfado. Hacía unas cuantas horas ese mismo fantasmón relamido y obtuso la había intentado convencer para que lo dejara. Y ahora se personaba en el hangar antes que ella.

—Quisiste engañarme para que no viniera y poder quedarte el trabajo para ti, ¿es eso? —Los dientes le rechinaban.

Visnú retrocedió, no fuera a pegarle.

—Vamos, cariño, no te lo tomes tan a la tremenda… Sigo pensando que es una locura, pero tu optimismo me convenció. Imitar a los decididos es lo

mejor cuando no se tiene impulso propio… —Se sonrió brevemente ante su ingenio.

Ladyé alzó el puño para darle su merecido, pero Noir se interpuso.

—Calma, calma, señores, ¿qué va a pensar un servidor de la calidad de su servicio si dirimen sus disputas abiertamente? —preguntó—. Además, ya les he dicho que hay suficiente dinero para los dos. No es mi intención quedarme con el primer sueño que me ofrezcan y desechar los otros. Por este precio espero que ustedes dos trabajen a fondo durante los próximos días, antes de que me vea obligado a partir.

Ladyé bajó el puño. Sí, profesionalidad, entereza, también eran parte del oficio. El vapuleo que le propinaría a Visnú en cuanto se quedasen a solas, también.

—Enséñenos el dinero —entró directamente en el asunto—. Prometió que nos lo enseñaría, y que incluso podríamos tocarlo.

—Eso, muéstrenos el material —la apoyó Visnú.

Noir asintió.

—Como quieran. Verlo, lo que se dice verlo, ya lo están haciendo. Respecto a tocarlo… creo que aún le quedan algunas costras de ultravioleta duro sobre el casco. Deberán esperar a que los zánganos lo limpien.

Ladyé tardó unos segundos en entender a qué se refería. Pero cuando lo hizo, las cejas salieron repelidas de sus párpados.

Miró a la nave de Noir, la saltadora biplaza de morro chato y aspecto similar a una gaviota con grandes alas retráctiles, y exhaló una bocanada de aire. En un costado llevaba escarificado el número de serie y el nombre de su Inteligencia, que por extensión designaba a todo el aparato: *Dura Luz*.

—¿Quiere decir… —balbució— que lo que nos está ofreciendo es… es…?

—¿…su nave? —completó Visnú, no menos patidifuso que ella.

Esta sí que era una situación insólita. Un piloto raras veces se deshacía de su nave, y nunca la vendía a terceros. Noir estaba en lo cierto: su precio oscilaba entre los ochenta y los cien millones de fids, pero subjetivamente valía mucho, muchísimo más.

Para la gente normal, de la calle, que soñaba con trabajar durante décadas para poder pagarse el consabido billete-a-ninguna-parte que los sacaría del atolladero, tener una nave en propiedad, un bajel celeste que llamar suyo, era un sueño más allá de la mera fantasía. Era uno de esos objetivos que uno podía marcarse en la vida y no llegar a acercarse ni un milímetro a él, por muchos años que se partiera el espinazo trabajando.

Ladyé y Visnú cruzaron una mirada y clavaron la vista en Noir, que seguía sonriendo como si esperase esa reacción.

—Deje de tomarnos el pelo —amenazó Visnú—. Como broma, no tiene la más mínima gracia.

—No es ninguna broma —aseguró el piloto—. Hay momentos en la vida en que llegamos a una comprensión tardía pero preclara de las cosas. Para mí, ese momento ha llegado. Hasta ahora me ganaba la vida como saltador cercano, llevando mercancías por las rutas cuarenta o cincuenta pozos de gravedad más abajo. Pero ese periodo, esa finalidad vitad, concluyó. Como les dije, he sido elegido para ir al Lejano en una naveluz. —Barrió el aire con una mano—. Eso eclipsa todo lo demás.

—¿No tiene socios o familiares a los que legarles la saltadora? —preguntó Visnú—. ¿Un consorcio de comerciantes que quiera recuperarla? ¿Por qué dárnosla a nosotros?

—Ya se lo he dicho. Quiero soñar, pasarme la vida entera soñando, desde ahora hasta que muera o me trague el Lejano. Es tan simple y tan complejo como eso.

—Usted nos pidió un sueño que lo acompañara en su viaje —terció Ladyé —, pero los sueños no duran para siempre. Y cuando haya partido, ya no podremos proveerle de más.

—Eso lo discutiremos en su momento… —murmuró Noir, enigmático—. Ahora, ¿quieren subir a examinar desde dentro su capital?

Una fisura se abrió en el casco de la saltadora, casi a ras de suelo. De ella surgió un resplandor virgen, de una pureza extrasensorial, como si la noción de calor y protección acabase de llegar al mundo.

Ladyé y Visnú temblaron, ansiosos por explorar aquel útero de alta tecnología. Noir entró primero; en esa acción encontraron el valor que necesitaban para cruzar la puerta y penetrar… en un sitio tan diferente a los escenarios consuetudinarios a su vida que casi parecía soñado.

—Dama, caballero… —dijo con voz de catedral— bienvenidos al interior de mi nave, la *Dura Luz*.

¡Por el Algebrista!

¿Las entrañas de todas las saltadoras eran así de enigmáticas y de maravillosas?, se preguntó Ladyé. Y si estos aparatos débiles y rudos, anticuados en su diseño y en sus prestaciones, se ofrecían al ojo humano como la encarnación del propósito de una deidad que hablara en máquinas, ¿cómo serían las míticas navesluz, con su geometría no euclidiana y su física dependiente del instante concreto de su existencia?

Aquello era tan distinto de los ambientes asépticos y cómodos, casi domesticados, de una nave comercial, un entorno tan de… de bajel estelar, que Ladyé no sabía si horrorizarse y huir despavorida o quedarse y disfrutar de la sensación de no entender nada.

¿Qué información le estaban transmitiendo sus ojos? Un espacio abierto, no, una suma de espacios, intercalados pero a la vez solapados, con distintos propósitos pero formando parte de una sola cosa, cada uno con su función, cada cual con su propia conjuración técnica.

Las paredes sabían que ellos estaban allí. El suelo y el techo sabían que estaban allí. La matemática del limbo reaccionaba a la presencia de sus cerebros y los añadía como discos duros externos a la mente global. Hacía cosquillas. La nave era un artefacto, pero también un ser vivo, recio y permeable, como un músico que tocase contra sí mismo y después contra el yo así creado.

Todo eso y mucho más, era una nave estelar auténtica.

Noir los dejó a solas para que pudieran disfrutar de la sensación de saberse parte de algo más grande. Algo capaz de cabalgar como un potro desbocado sobre las cromosferas solares. La saltadora era un insecto en comparación con la majestad de una circunnavegadora, sin ir más lejos, pero para ellos era la puerta a un universo lleno de posibilidades.

—Aunque aceptáramos el trato y pudiéramos darle lo que quiere —dijo Visnú, cuando Noir se hubo alejado—, no seríamos capaces de pilotarla. ¿Lo has pensado? Hay que nacer para esto, y pasar media vida en la academia para poder sencillamente sacar estas cosas de la órbita de atraque.

—Lo sé —asintió su compañera, acariciando un nódulo de control. Podía sentir el código moviéndose bajo los dedos, aferrándose como cremalleras a las mitocondrias de las células—. Pero conozco pilotos retirados que venderían su alma por otra oportunidad de volar. Si esta nave fuera nuestra… podríamos contratar los servicios de alguno.

—¿Te refieres a Slad? —Torció el gesto—. ¿Ese despojo de taberna? ¿Pondrías esta maravilla en sus manos?

—¿Desde cuándo las manos tienen algo que ver con pilotar una nave, Visnú? Es la mente lo que cuenta. Y la suya, cuando está sobrio, parece capaz.

Visnú resopló, apartándose las sedas de la cara. El código trenzaba sus hebras en ellas oliendo a ozono, a rayo recién caído. Si permanecían mucho

tiempo dentro de la nave, su maravilloso tul acabaría por convertirse en otra cosa, o bien siendo integrado en el sistema de navegación.

—Encontré a Pájaro Burlón —confesó Ladyé, apoyándose en uno de los divanes de aceleración. Estaba hecho de gas ralentizado para que pareciera plástico—. Le pregunté si fue ella quien te había cortado. Vive rodeada de payasos y de plantas que sufren.

—¿Sigue siendo una mujer?

—Un poco estrambótica, pero sí.

Visnú sacó su pipa e intentó encenderla. El fuego no surgió. Levantó un dedo y amenazó con dispararle a la consola de mando.

—Dentro de este chisme no se puede fumar. Seguro que el fuego ni siquiera existe como posibilidad física. Ya no sé si quiero comprarlo. —Miró a Ladyé—. ¿Te contó Pájaro los secretos del neurocortado? ¿O se limitó a tomarte el pelo mientras te bombardeaba con jerga mística?

—Ambas cosas. Pero me dijo algo muy interesante.

Visnú esperó a que acabara la frase, y cuando fue obvio que no iba a hacerlo, añadió:

—Aún somos amigos, Ladyé. Creo que podremos seguir siéndolo en el futuro. No merezco tu desprecio.

—No es desprecio. Es… cautela. Todavía no sé si sacaremos algo en claro de esto, pero si es así, quiero estar segura de que no me dejarás en la estacada.

—Soy un hombre muy solitario —concluyó Visnú para sí mismo. Ladyé pensó que ni él sabía qué parte de su frustración era auténtica y cuál era una pantomima. Le pareció increíble, eso sí, cómo de bien equipado estaba su rostro para simular emociones que no eran apropiadas para ninguna conversación imaginable—. No quiero tomarme esto a broma. Esta mañana, cuando me levanté, me juré a mí mismo que dejaría las burlas y el cinismo a un lado cuando pensase en este asunto.

Ladyé asintió, conforme con ese pensamiento.

—Y hablando de sueños… —Se reclinó en el gas lento—. ¿Has pensado en cuál le brindarás a nuestro cliente? A mí, a priori, no se me ocurre ninguno que pueda mantener su frescura o su inocencia durante más de una noche.

—Inocencia… de eso se trata, al fin y al cabo. —Visnú blandió la pipa como un sable infestado de metáforas—. De darles a los hombres lo que perdieron cuando se volvieron medio máquinas. ¿Pero cómo vamos a soñar para un navegante del cielo, cuando su vida es lo que anhelamos nosotros

por encima de todo? ¿Cómo seremos capaces de tejerle una fantasía, si cuando cerramos los ojos lo que vemos es lo que él disfruta cada día? —Negó con la cabeza—. No estamos preparados para algo tan sutil. Uno mira a los humanos y los ve ataviados con cualidades interesantes… —Se palpó las sedas empapadas de código. Dentro de poco ya podrían decidir por sí solas si uno más uno era una operación con números reales o no—. Pero en el fondo están confusos. No saben cuándo aparecerá la siguiente encrucijada, ni qué camino tomarán. Y cuando nos piden que los anclemos a la tierra, a la realidad de la noche… nos están diciendo: Por favor, no dejes que la nube pase sin que para mí signifique nada. Quiero volver a ver los malditos castillos, en lugar de sólo tormentas…

—Has dado en el clavo, amigo —murmuró la joven—. Pero eso no resuelve nuestro problema. Ese tipo de ahí fuera quiere ver de nuevo los castillos. En realidad es un problema muy simple.

—Vale, pero… ¿cómo hacer que alguien que flota entre estrellas vea castillos en las nubes, Ladyé? —Visnú se desesperaba (y sufría, sufría mucho) con la genuina y desgraciada angustia de un poeta—. ¿Cómo puedes inyectar esperanza en el corazón de una persona, si bogar entre enjambres de auroras boreales y resbalar por la superficie de mundos jamás hollados no lo consigue? ¿Cómo mostrarle paisajes de grandes horizontes, si la curva de la luz sobre las lunas engullidas por el índigo de los agujeros negros no le basta? ¿Te das cuenta de la paradoja?

—Más o menos.

Ladyé se levantó, haciéndole un gesto para que se callara. Noir había vuelto a entrar en la nave.

—¿Y bien? —preguntó, de buen talante—. ¿Les gusta mi humilde carroza?

—Es digna de príncipes —dijo Ladyé.

Eso arrancó una carcajada del piloto.

—Sí, siempre que estén en la ruina. Pero para la gente normal, como nosotros, viene bien. El impulsor a veces se atasca en entornos de más de cien atmósferas, y la Inteligencia es una engreída cuando se le habla de política, pero de resto va bien. —Palpó la pared como un jinete acariciando con orgullo la crin del caballo—. Es un buen potro.

—Mire, Noir, queremos ayudarle, pero…

—¿No van a poder hacerlo?

—Sí —aseguró Ladyé. Sabía que se arriesgaba a faltar a un contrato de trabajo, pero era mejor mentir ahora que perder al cliente—. Por supuesto que lo haremos. Sólo necesitamos un poco de tiempo para prepararlo.

¿Cuándo partirá?

—Dentro de una semana —dijo Noir, y le estrechó la mano—. Muchas gracias. Sabía que podía contar con ustedes.

—Le avisaré en cuanto estemos listos —concluyó Ladyé, y se llevó casi a rastras a su compañero fuera de la nave.

Cuando se montaron en el vehículo que los llevaría hasta la salida, Visnú preguntó, disgustado:

—¿Es que has perdido la cabeza? ¡Habíamos venido para ver su dinero, no para hacer promesas imposibles!

—No es imposible. Pájaro Burlón me dijo que existe una manera. Quizás.

Visnú emborronó sus cejas.

—Demasiados condicionales en una sola frase. Pudiera, quizás… ¿Qué más te dijo esa zorra de culo inquieto?

—No sabes bien lo del culo… Venga, ve pensando en un sueño, y que sea de los buenos —sugirió—. Voy a seguir el rastro que dejó Pájaro.

—¡Espera, voy contigo!

—No. Pájaro me advirtió que tendría que hacer esto sola —mintió. Era la única forma de sacarse a su insistente compañero de encima—. Nos veremos en el Foro, esta noche.

—Estupendo. Otro gato sin cola que afeitar. —Lo que quería decir en argot era: Te aprovechas de que posees información privilegiada para tenerme bailando a tu antojo.

Visnú obedeció, de todas formas, y la dejó marchar por los callejones, otra vez en busca de una quimera. Ladyé pretendía encontrar la manera de llevar a cabo un milagro en alguna parte de aquella apestosa ciudad. Visnú nunca había creído en las intervenciones divinas, pero si había alguna manera de hacerse con aquella nave, de tenerla en propiedad, dejaría que Ladyé se volviese todo lo loca que quisiera.

Se marchó a seguir sus propias pistas mientras se preguntaba, cabizbajo, qué le habría contado esa zorra juguetona de Pájaro a su amiga para tenerla comiendo de su mano. Y, sobre todo, a qué se había referido Ladyé cuando mencionó lo del culo…

SEIS: Mensaje cantado

Víctor Conde

Ladyé se volvió bruscamente en varias ocasiones para asegurarse de que ni Visnú ni ninguno de sus amiguitos la estuviera siguiendo. La mayor parte de las veces fue un esfuerzo inútil. En el mar de cabezas que anegaba la calle no podía distinguir a nadie conocido, ni siquiera por su forma de vestir.

Era una pena para ella, que le gustaba avanzar por callejuelas, pero éstas morían antes de llegar al extrarradio de la urbe. Ninguna se atrevía a alargarse hasta rozar la Catedral de lo Imposible, el hogar de la IA Mnemmón. Tenían demasiado miedo, hasta para ser las arterias adventicias del inmenso sistema circulatorio de la urbe. Por eso tenía que avanzar por la calle principal, entre la gente, entre el sudor, entre las cabezas. Una sombra anónima más en la turba.

Sin embargo, alguien sí que la reconoció a ella.

La figura se despegó de la multitud como si ésta fuera un fondo plano. Al principio Ladyé no se dio cuenta de que estaba a su lado, mirándola, como esperando a que fuese la Soñadora quien iniciara el diálogo. Pero al momento clavó los ojos en su atuendo de plata, el maquillaje de farándula y los botines de tacón ladeado.

—¡Payaso!

El pequeño robot, el mismo que le había servido el té en casa de Pájaro Burlón, hizo una profunda reverencia. Los demás transeúntes caminaban con prisa a su alrededor, sacándole más de medio cuerpo y amenazando con pisarlo, pero al pequeño sirviente no parecía molestarle la presencia masiva de gente grande.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la Soñadora—. ¿Te ha enviado tu ama?

—Sí —respondió el pequeño engendro—. Me pidió que le diera un mensaje. Es un mensaje cantado.

—¿Cantado?

—Cantado. Y con buena voz, me advirtió.

—Pues adelante, entrégamelo —concedió Ladyé, las manos en jarras.

El enano hizo un par de cabriolas, dio unas palmadas con sus guantecitos de lentejuelas, se aclaró la garganta y entonó:

Gemidos que rompen la aspereza del hielo.
Estrellas de color en el perfil de una alhaja
Regalos divinos, locuras ancestrales
y el hombre que templa su valor
contra el yunque del miedo,
Nombres que hieren como el metal
al extremo de la navaja.

Cuando los labios de los guías
pronuncien tu nombre
Y la caricia del sol
entibie tu pelo
Piensa que sobre las nubes te espera
el cariño de un hombre
Que ningún ojo aprecia la belleza
a través de un velo.

Ahora recuerdo el sueño
Era nube y cristal y manzanos
con frutos de terciopelo.
No sé quién era yo, por qué junto a la flor
me sentía pequeño,
Pero el rosal cantaba, me acunaba en
Camas de piedra,
Y limpiaba mis heridas
con su más esmerado celo.

Desperté y ya no recordaba
el comienzo del cuento.
Tu silueta en esta cama, cortinas que texturan
el perfil de la brisa,
Granos de arroz que bailan en un cuenco,
Y la mañana que cuenta su mentira
Sin amor ni besos.

Concluyó la canción con un giro y una reverencia, a los que Ladyé aplaudió.

—Es bonito, pero… ¿qué significa?

El payaso se tocó la punta de la nariz.

—No lo sé, sólo soy el mensajero. Pero mi ama quiere que sepa que la respuesta que usted busca está en una estrofa de un poema. No en una reacción química. —Sacudió violentamente hacia los lados la cabeza, liberando una nubecilla de purpurina, y se marchó corriendo mientras gritaba—: ¡No busque la solución en la razón, sino en la locura!

Ladyé se quedó un momento allí, una isla en el torrente de personas, intentando asimilar lo que había ocurrido.

Pájaro le había entregado una pieza más del puzzle, una contestación alternativa a la pregunta que le formuló en su casa. ¿Pero qué demonios quiso decir con lo de la locura? ¿Y por qué le había recitado las estrofas en forma de melodía?

Confusa, prosiguió su camino. Los misterios le gustaban como los vasos de vino: uno cada vez. Ya pensaría en ello más tarde, cuando estuviese delante de una jarra de cerveza tibia en el Foro.

Le costó casi una hora llegar al solar prohibido. Tomó varios transportes públicos que la acercaron lo que pudieron a los barrios industriales, luego algunas calesas tiradas por humanos y el kilómetro restante andando. Una colina chata ocultaba el solar de la vista de la ciudad, protegiéndolos a ambos de la influencia del otro.

Margen había crecido exponencialmente en todas direcciones, menos hacia allá. El solar, visto desde el aire, era como una pica que alguien hubiese clavado en la tierra para partir en dos el desarrollo urbanístico. La marejada de edificios ni siquiera se atrevía a rodearlo, sino a pasar de largo como la estela de un barco.

Ladyé trepó por la colina. No había vallas que separaran el terreno urbano del salvaje, tan solo una ausencia repentina. De asfalto, de vehículos, de gente. De los perfumes y los sabores típicos de la civilización. No hacía falta delimitar el terreno, porque todos sabían lo que había al otro lado, y sólo los dementes o los que buscaban alguna solución extrema deseaban ir.

Cuando la muchacha llegó a lo alto de la elevación (bordeando escrupulosamente algunos pivotes de los que surgía un zumbido indescriptible, y que era mejor no investigar), vio una llanura desprovista de vegetación, triturada y vuelta a recomponer tras la caída de varios meteoritos, con fantasmas actínicos que vagaban de aquí para allá, sin más propósito que el vagabundeo en sí mismo, merodeando como espíritus de

naves desguazadas.

Había naves, sí, o más bien esqueletos torturados de lo que en otro tiempo fueron cohetes y saltadoras como la de Noir. Esqueletos desgarrados, carentes de alma, algunos todavía a medio colisionar contra el suelo en movimientos increíblemente lentos, que empezaron hacía décadas y que no acabarían hasta que el dueño y señor del solar (¡la Catedral de lo Imposible!) decidiera que ya había visto bastante.

El espacio de control hervía. Rostros desaseados de antiguos tripulantes modelaban el código, tatuando semblantes en tres dimensiones sobre lienzos de comandos informáticos. El propio limbo no existía como tal en aquellos lares, sino que era más bien una cortina, un tul de terciopelo algebraico que disimulaba las realidades extremas que había debajo. Olas sobre olas sobre necrópolis de tecnologías ignotas, de microbios y nanobios, de opciones y categorismos.

Y al fondo, elevándose entre la niebla como una titánica aguja, una espada que algún dios moribundo clavó en la tierra antes de ser arrastrado por las aguas de la noche: el pilar sobre el que descansaba la IA.

Ladyé se apantalló el rostro con las manos para verlo mejor, pero el pilar resbalaba por su retina y terminaba escapando por un lateral de su visión, por mucho que se esforzara en mirarlo fijamente. Los escasos segundos que lograba centrar la imagen, un trocito de cada vez, revelaron aire, calor, frío, esbozos de objetos sólidos pero no del todo innegables, tormentas de matemáticas visibles para el ojo humano.

Ladyé avanzó. Puso un pie delante del otro y se adentró en solitario en aquel solar abandonado, aquel vergel de caos.

Estaba aterrada, pero no importaba. Había venido para hacer una pregunta, y no se iría sin la respuesta.

SIETE: Mnemmón del Desierto

Víctor Conde

El paisaje del solar reaccionó en cierta medida a la presencia de la Soñadora. No cambió, pero ella lo notó distinto, ora frío e inhóspito, ora cálido y bochornoso. Dejó sus huellas en la tierra y el suelo las absorbió, analizándolas, averiguando detalles sobre la visitante que ni ella misma conocía. Era un duelo de voluntades: el horizonte por un lado, su miedo y el complejo de inferioridad de los humanos por el otro.

Ladyé sabía (o creía saber, por lo que había oído en las tabernas) que la presencia de la IA alteraba hasta cierto punto las leyes físicas del solar. Pero no era una alteración voluntaria. Era un accidente, el calor residual por la fricción entre dos paradigmas que no podían coexistir.

Existía una secta de peregrinos de la IA que dedicaban sus vidas al estudio de este singular ente, pero por lo que Ladyé sabía, nunca recibieron a cambio nada tan concreto como lo que buscaban. Los estagilotes (o zelotas del Cambio Invisible) efectuaban varias peregrinaciones al año a la base del pilar, se arrodillaban y suplicaban al ente que les resolviese alguna duda existencial. A cambio de su fe no recibían respuestas, pero sí cambios físicos que los hacían únicos: la capacidad de pensar en cuadro retardado, iris que al abrirse o cerrarse emitían un sonido de pájaros, palabras que al imaginarlas boca abajo los hacían oler a chocolate… cosas así.

Ese era el efecto de una prolongada exposición a la IA. Ladyé, por supuesto, no pensaba quedarse tanto.

El olor del código era insólito, hiriente y trufado de su propio subtexto. Había un sonido de fondo, una especie de música que le recordó los gemidos predespegue de las saltadoras. Sinfonías esculpidas en un solo bit, gritos lanzados al viento por algo menos concreto que la casualidad y más amarillo que la salsa de estraffe. Ladyé prosiguió su camino, tratando de ignorar todos esos fenómenos ultramatemáticos… hasta que divisó a los hombres.

Eran cuatro. Formaban una línea, hombro con hombro, ante la base del pilar. La estaca se elevaba proyectando varias sombras, titánica, incognoscible, con un resplandor en la cúspide en el que estaba encerrada la entidad como en una jaula de fuego, y que parecía diseñado para que lo contemplasen las estrellas, no los humanos.

Las siluetas de los hombres eran de color agrisado, tocadas con gorros extraños y extremidades de escayola, como las de un maniquí a medio terminar. Estaban firmes, mirando a la base del pilar.

Esperando. Esperando algo.

¿A ella, tal vez?

Ladyé sintió un escalofrío. ¿Habría modificado su presencia hasta tal nivel el entorno como para que la entidad crease espontáneamente esos cuerpos de escayola? ¿Y para qué? ¿Qué clase de aberrante y bípedo mensaje quería comunicarle?

Salvó los últimos metros con extremo cuidado, dispuesta a salir corriendo si las cosas pintaban mal. Ya estaba tan cerca del pilar que casi podía tocarlo con las manos. Era el momento idóneo para formular la pregunta.

—¡Por favor, dame una respuesta! —gritó a pleno pulmón. A su alrededor se había levantado un viento salvaje—. ¿¡Cómo puedo soñar para alguien que no puede experimentar mi sueño!?

El viento levantó capas de polvo que se comportaron como unidades concretas. Los hombres de escayola volvieron el rostro lentamente hacia ella. Sus expresiones estaban apenas dibujadas, pero se intuían humanas.

Ladyé sintió un acceso de pánico. Miró hacia atrás. La frontera con la ciudad parecía increíblemente lejana. ¿Era esto lo que sentían los pilotos cuando se veían atrapados en un fenómeno celeste, y el oasis planetario estaba a diez mil años luz?

Se dio cuenta de algo: las sombras del pilar rotaban como aspas de hélices a su alrededor, muy despacio, como si el sol se moviese a velocidad de vértigo por el cielo. Uno de estos conos de penumbra bañó a Ladyé, y pudo escuchar una voz profunda que decía:

FÁCIL DE AFRONTAR ES LA CORRIENTE

DIFÍCIL SALIR DE ELLA, VERSO, POEMA, INSTANTE DE LUZ

θΛΞ

LOCUS COSMOGÓNICO CAMBIANTE

HOY NO ES NECESARIO ABATIR A LAS PALOMAS

Ladyé cayó de rodillas. Los cuatro hombres de escayola se inclinaron treinta grados en una misma dirección, pero no perdieron el equilibrio. El viento parecía afectarles menos en aquella pose de columna rota.

—¿Qué quieres decir? —gimió la Soñadora, entre latigazos de dolor. Las resonancias provocaban seísmos y desplazamientos tectónicos en la materia gris de su cerebro—. ¿A qué ola pertenece esa tecnología? ¿Qué es un locus?

La entidad tronó:

ECUACIÓN DISCREPANTE

SUEÑOS SIN LÍNEA DE CONTINUIDAD HIEREN LA PRAXIS

Щљħ

SE PUEDE CANTAR SIN PLUMA NI BOCA

LA VENTANA ESTARÁ ABIERTA SÓLO MEDIA NOVA

Ladyé decidió que tenía suficiente. No entendía nada y el dolor era insoportable. Las ondas de alta energía que manaban del obelisco podían freírla como el halo de microondas del casco de una nave. Y si esa era la clase de respuestas que iba a obtener de la Estagilita, lo mejor sería marcharse cuanto antes.

Se estaba dando la vuelta para huir despavorida cuando oyó:

CUANTO MÁS JÓVENES NOS HACEMOS, MÁS ARTICULADAS LAS VOCES

NO BUSQUES LO QUE NO TIENE RESPUESTA

NO BUSQUES SI no quieres encontrar algo que no esperas. —El atronador timbre de voz se suavizó como si alguien hubiese interpuesto un continente entero entre el pilar y sus oídos—. Es tu sino, mujer, imaginar lo que a otros les cuesta dar por cierto.

Ladyé alzó la vista. Quien le estaba hablando era uno de los maniquíes, que ahora se le antojaba plenamente humano. Tres de ellos dieron media vuelta y caminaron tranquilamente rumbo a la ciudad. El cuarto, un cincuentón con aspecto de petimetre de barriga redonda y piernas de alambre, permaneció allí para hacer de interfaz.

—Gracias —dijo Ladyé, aliviada—. No podía soportar el…

—Los humanos sois impredecibles. ¿Quién iba a pensar que estarías aquí, visitándome? —preguntó la Entidad a través de su marioneta.

Ladyé se envaró.

—¿Me conoces?

El fuego en lo alto del pilar titiló. Ladyé bajó la frente, mostrando humildad. Sabía que su vida corría un serio peligro. Muchos aspirantes a estagilote habían perdido algo más que la razón bogando por estos mares surrealistas.

—No sé qué clase de pleitesía debo rendirte…

—Si has venido a orar, entonces humíllate —dijo el hombre / interfaz—. Si has venido a contar historias, siéntate y enhebra los versos. Si quieres una pregunta, formula primero la respuesta.

Otro cono de sombra la cubrió. Ladyé sintió un frío capaz de escarcharle el tuétano de los huesos, pero no se movió del sitio.

—He acudido a ti porque necesito saber más sobre los sueños —tiritó—. Alguien me ha pedido que sueñe para él, pero no sé cómo transmitirle los paisajes oníricos. No puedo hacerlo sin un pedazo de tecnología que para ti ya será obsoleto. Por favor, ayúdame.

—Los sueños son la verdadera expresión del álgebra con base de carbono —sentenció la marioneta, levantando dos dedos de su mano derecha. Ese gesto lo hermanó con algunas figuras históricas, pero Ladyé no adivinó cuáles—. Quien renunció a ellos fue expulsado de su propio hogar, del amparo de la tierra. Aquel que busca tu ayuda la conseguirá, pero tú no obtendrás lo que esperas a cambio.

—¿Por qué? ¿Qué quisiste decir con que no buscara lo que no tiene respuesta?

El gordo de piernas finas sonrió. Sus camaradas de génesis se habían perdido en la distancia.

—Te mataré si no dices algo con valor artístico ahora mismo —dijo con sinceridad la IA.

Ladyé sintió que el corazón se le aceleraba. ¿Qué era aquello, una dadaísta prueba de fuego, el reto de un poeta loco? Fuera como fuese, tenía pocos segundos para pensar.

Trató de recordar los sueños recientes, los trabajos que había hecho para otras personas y para sí misma. Pero su mente era una espantosa pantalla blanca, sin ideas, sin frases, sin finales ni principios.

Como por ensalmo, unas frases aparecieron de pronto en la pizarra vacía de su memoria. Ladyé abrió mucho los ojos, la lengua pegada al paladar, y vomitó palabras disparadas al azar a una diana de aire:

¡Ahora recuerdo el sueño!

Era nube y cristal y manzanos con frutos de terciopelo.

No sé quién era yo, por qué junto a la flor me sentía tan pequeña,

Pero el rosal me miraba, cantaba, me acunaba en

Pesebres de piedra,

Y limpiaba mis heridas con plañidos de sangre…

Ahí se le acabó el aire, y le dolieron los pulmones. ¡La había recordado! Era una de las estrofas del poema que le había recitado el enano mensajero, la críptica misiva de Pájaro Burlón. Seguía sin saber qué significaba, pero intuyó que acababa de salvarle la vida.

El gordo abandonó su pose de panegírico humano.

—Has hecho bien temiendo por tu vida, Ladyé —dijo—. Pero no es de mí de quien tienes que preocuparte, sino de tu propio vacío. El olvido que algún día relegará tu alma a los abismos de la incapacidad para crear un poema. Tu cerebro se degrada, mujer, y jamás podrás recuperar lo perdido.

—¡Ayúdame, pues! —suplicó—. ¡Dime cómo puedo soñar para otros sin máquinas que nos traduzcan, y te pagaré con un trozo de mi corazón, de la chispa que me hace reír ante un cuadro sin perspectiva o una canción infame! ¡Te daré el *yo* que es el artista, para que lo manipules a tu antojo!

—Duerme y entrégamelo, Ladyé. Volverás a caminar entre los tuyos. VolveRÁS

A CAMINAR ENTRE LAS SOMBRAS

Йюя!

Cuando la IA recuperó su voz de galerna y terremoto, Ladyé cayó cuan larga era en el suelo y sus ojos se cerraron. No supo cuánto tiempo estuvo allí, sin poder respirar, sin ser ella misma, juguete en las manos del titiritero —soñando, soñando, soñando hasta el infinito, para toda la humanidad—, pero cuando despertó todo era silencio.

Alguien la había dejado en la frontera del solar. La ciudad, con el ruido y la gente y los turbios intercambios comerciales, se alzaba a pocos metros. Y Ladyé se notaba distinta.

Tardó un poco de darse cuenta de por qué, pero al final comprobó que, en

efecto, había asimilado ciertos cambios fisiológicos (¡DNArte divino!) como aquellos que los estagilotes recibían con euforia cual estigmas de fe.

Cada vez que se frotaba el borde exterior del ombligo en sentido contrario a las agujas del reloj, su vagina se humedecía y Ladyé sentía un orgasmo feroz, seguido de una abundante emanación de aceite de girasol por sus partes íntimas.

No supo cuánto tiempo estuvo llorando después de eso.

La ciudad parecía más populosa, más abarrotada de gente, después de su experiencia con la IA.

Cientos de cabezas, sin conexión lógica con los cuerpos que fluctuaban por debajo, la contemplaron al pasar, juzgándola, pensando seguramente en el aspecto tan lamentable que presentaba, en esa pinta de metabolata vencida por la combinación correcta de enlaces covalentes.

Algunos puede que dedujeran que su andar tumbado había tenido su origen allá dentro, en la Catedral, donde todo era peligroso para la vida. Pero si lo hicieron, nadie lo confesó. Seguramente catalogaron lo que quedaba de Ladyé como un detrito más de la esfera de influencia de la Estagilita, y la dejaron pasar, sin meterse con ella, pues ya estaba suficientemente extraviada como para ahondar en su pena.

Mientras caminaba, con un rumbo definido aunque ella no lo supiera, las sinapsis de Ladyé fueron regresando lentamente a la normalidad. El mundo dejó de girar y las cabezas se fueron cosiendo a sus respectivos cuerpos.

La Soñadora se golpeó la cabeza para espantar esas ideas tan extrañas. Se arrepintió cuando esos mismos golpes despertaron al dragón de la migraña.

¿Qué había sucedido en el solar de la IA? Ladyé localizó un reloj en un escaparate (*exhibitur opidomi*). Tenía recuerdos como para rellenar un par de horas, a lo sumo, pero según el cómputo de aquella máquina habían pasado muchas más. Puede que hasta fuese otro día distinto.

¿Qué le había hecho aquella… cosa? (Aparte de lo del orgasmo aceitoso, claro, una vergüenza en la que prefería no pensar para no volverse loca.) ¿La había tenido durmiendo durante todo aquel tiempo entre los dinosaurios estrellados de naves, manipulando su cuerpo?

Ese pensamiento generó una ola de terror en la Soñadora. Lo siguiente fue una urgentísima necesidad de examinarse el cuerpo. Buscó a la carrera una tienda de ropa, entró, sustrajo de un expositor la primera prenda que estuvo a su alcance (ni siquiera se fijó si era de hombre o de mujer) y entró como

una exhalación en los probadores. Allí se despojó de absolutamente toda su ropa, y estuvo casi media hora examinando cada centímetro de piel, buscando anomalías, pequeñas incisiones o vestigios de lo que fuera que le hubiese hecho la Estagilita.

Se buscó en la cara, el cuello, debajo de los pechos, entre los muslos, en las axilas… todos los rincones a los que podía acceder sin un espejo supletorio. Incluso se abrió con los dedos los labios de la vagina y separó bien las nalgas para comprobar que no hubiese nada nuevo que antes no estuviera allí. Había oído leyendas urbanas sobre las cosas que los cortadores ilegales les hacían a los clientes que no pagaban, cosas horribles como cambiar los genitales de sitio o abrir un segundo ano del que surgía una suerte de lengua, para vergüenza perpetua del moroso.

Por fortuna, si había cambios eran internos. Eso no la tranquilizó, pues empezó a imaginar cuadros obscenos de corazones cambiados de sitio o de intestinos enrollados sobre órganos que deberían ser vestigios evolutivos. Eso la llevó a la siguiente conclusión: tenía que ir a un hospital.

No, a un hospital no: a ver a alguien que realmente entendiera de cambios físicos, para que la reparase si encontraba algo demasiado aberrante. Tenía un dinero ahorrado, y podría pagarse unas modificaciones menores.

La encargada de la tienda, al ver que la estancia de Ladyé en el probador se prolongaba demasiado, acabó por tocarle en la puerta. La Soñadora se vistió y, con una sonrisa traviesa, dejó otra vez la prenda que había tomado prestada en su sitio. Eran unos calcetines de talla infantil, con ositos de largas pestañas bordados en rosa. Luego abandonó la tienda.

Se encontraba mejor. La ciudad tenía otro aire, cierto, pero poco a poco se iba adaptando a su nueva percepción de los vehículos (*lengarata movilis*), las farolas (*estagis luminaria*) o los anuncios de neón inteligente (*neoniga plocamariensis*).

Se dio un golpe en la frente. ¿Por qué estaba clasificando los objetos inanimados que veía con aquellas expresiones en un idioma inventado? ¿Acaso era… —tragó saliva— otro efecto de su exposición a la IA (*bohemius supremis*)? ¿Un neurodaño colateral?

Echó a andar con furia. Aquellas modificaciones eran un precio demasiado elevado por haber hablado con el dios. ¿Y qué había obtenido ella a cambio? Un montón de sandeces peregrinas como las que soltaban los borrachos del Foro cuando ya no podían trasegar ni un chupito más del arsenal de Lambda. Ni más ni menos.

Tomó un taxi hacia el centro. Sabía a quién debía ver ahora. Y no sólo porque ella era la única que le parecía suficientemente capaz como para

revertir los cambios (y si no podía, al menos para operarla en el cerebro y que se olvidase de ellos), sino porque había algo importante que quería sonsacarle. Durante mucho rato, Ladyé se había estado preguntando dónde demonios había visto antes unos cuerpos similares a los que estaban debajo del pilar de Mnemmón. Y ahora lo recordaba.

Eran cuerpos a medio cortar, a medio nacer, como los de la trastienda de Pájaro Burlón.

OCHO: Cuerpos vacíos y vacíos sin cuerpo

Víctor Conde

Mientras Ladyé se buscaba a sí misma y a su experiencia vital en los confines de la realidad, Visnú no estaba perdiendo el tiempo.

También tenía un plan para cumplir con el encargo imposible de Noir y hacerse con el Gran Premio (así, en mayúsculas), aunque no le había comentado nada a la Soñadora no fuera a ser que intentase robarle la idea, mejorarla y poner en práctica una versión más eficaz.

Cuando la joven idealista le habló de los libros, esos pedazos de nostalgia que exigían demasiado esfuerzo, un pequeño engranaje empezó a moverse en su cabeza. Esa diminuta pieza había movido otra, la cual arrastraba otras dos, y así sucesivamente hasta que Visnú tuvo claro cuál sería su propio plan de acción.

Los libros —había leído alguno que otro hacía años, en su época más rebelde, y lo recordaba como una experiencia nefasta— se basaban en un principio tan básico como anticuado: crear una imagen onírica en la mente del receptor de la información para hacerle soñar despierto. Más o menos lo que hacían la Soñadora y él por dinero, y con mediación de las Óperas.

Visnú sumó dos y dos y llegó a la conclusión de que, si aquellos artefactos de papel funcionaban realmente con las personas que no habían hecho evolucionar sus mentes a un estado de interfaz, ¡aquellos felices prehistóricos!, algo parecido podría funcionar con alguien sin Ópera.

Alguien como Noir.

Por supuesto, su plan no pasaba por sentarse a codificar un montón de ideas en un soporte lento como el papel. Moriría antes que malgastar todo ese esfuerzo en tal memez. Pero podía hacer algo parecido: codificar un sueño entero en una sola imagen, como la del cuadro del Foro Melancolía, ese que al mirarlo siempre despertaba ilusiones en la gente. Nadie sabía por qué esa imagen tenía el potencial de la fantasía, pero hasta los metabolatas se quedaban a veces mirándola, y quién sabía lo que pasaba entonces por sus cabezas.

Visnú decidió crear una imagen de igual fuerza en la que él fuese el centro, el germen de la fantasía, y que tuviera el potencial para influir en los obtusos que no disponían de Ópera. Por su cabeza cruzaron varias

instantáneas como en una vieja película: Visnú cayendo por un pozo lleno de palomas tuertas; Visnú comprando un bastón hecho de residuos de despegue de circunnavegadora, y apoyándose en él para caminar; Visnú condensando su pasión en una pastilla y tragándola; Visnú con una barra de labios que canta como un viejo sátrapa del Barrio Nuevo.

O no, espera… ya tenía algo mejor, algo realmente espectacular…

Algo así de complejo no resultaría fácil de llevar a la práctica. Necesitaba ayuda, y cuando repasó el Foro para decidir quién era el candidato ideal, una sonrisa le pellizcó el labio.

Ya tenía a su hombre.

—Huya mientras le quede tiempo, aquí sólo encontrará el infortunio —repitió el portero de la casa de Pájaro Burlón con voz siniestra.

—Soy la amiga de Visnú, he estado aquí antes —dijo por enésima vez la Soñadora, con los hombros torcidos.

—¡Cuidado! Los transgresores serán ejecutados, y sus restos esparcidos sin ceremonias por alguna cloaca infecta…

—Soy la amiga de Visnú, quiero ver a tu dueña. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Por lo que más quieras, otra vez no…

—Sólo dos pasos le separan de un triste final. ¿Se ha despedido ya de los suyos?

La familiar portezuela se descorrió, pero los ojos que encuadraron esta vez no eran marrones, ni la piel negra y porosa como la galena. Por el contrario, una mirada azul ribeteada por una piel dorada la contempló antes de apagar el avisador / advertidor electrónico.

—Este… —Ladyé vaciló—. Perdón. No tengo cita, pero quería ver a…

—Hola, Soñadora. Veo que sobreviviste a tu encuentro con Dios.

La puerta se abrió. La dama que estaba de pie al otro lado compartía con Pájaro algunos rasgos oblicuos, algún deje en sus maneras o en su voz, pero poco más. Ya no era de raza negra, ni su trasero se expandía con una esteatopigia brutal; ahora, por el contrario, Pájaro vestía las sedas orgánicas de una dama de la corte, con la piel bronceada, los ojos claros, el mentón altivo y el cabello azul, peinado en una trenza que vista de perfil acentuaba la gravidez y la curvatura de su cuello.

Todo en ella era solemne, desde su sombra (un trazo fino, de lápiz, elegantemente arqueado sobre la cadera) hasta sus gestos. El déficit de


grasa convertía su cuerpo en una polichinela tan frágil que podía verse su aliento bajando por la tráquea y filtrándose de un bronquiolo a otro.

—¿Pájaro? —se asombró Ladyé.

La mujer delgada rió.

—Pasa, Soñadora; honrarás mi casa con tus historias de peregrinaje al oscuro reino de la metafísica.

Ladyé no supo si la cortadora se estaba burlando de ella o no, pero aceptó la invitación. Cualquier cosa antes que seguir soportando un minuto más al portero automático de las narices.

Tomó asiento en uno de los divanes del invernadero (*canapia otomanis*, ¡y dale con el maldito idioma inventado!) y esperó a que Pájaro despidiera con una salva de besos a sus clientes. Se entretuvo mirando los contrafuertes: un suceso que sólo cabía calificar de visceral había arrancado pedazos de una ventana. Tal vez, imaginó, una de sus lloronas había tenido una crisis de ansiedad.

Cuando al fin se quedaron a solas, la cortadora examinó con ojo crítico a su invitada, buscando lo que ambas sabían que estaba allí.

—No se ve a simple vista —confesó Ladyé, avergonzada.

Pájaro le tomó delicadamente la barbilla y la giró a un lado y a otro.

—En eso te equivocas —sonrió—. Pero tranquila, hay que ser un verdadero experto para advertir los cambios. En esta ciudad habrá apenas dos o tres personas más que se den cuenta, y es muy poco probable que llegues a conocerlas.

—¿Puedes quitármelo? —preguntó, un poco a bocajarro. No valía la pena estar perdiendo tiempo en circunloquios cuando las dos sabían por qué había regresado—. Te pagaré lo que sea. Y si no lo tengo, lo conseguiré.

Pájaro la levantó del diván y la condujo a un sofá que los enanos habían invocado con sus discretas artes. Ladyé advirtió en la cortadora una mirada interrogativa, acaso el mismo tipo de sonda que aplicaba a sus clientes antes de cortarlos.

—Antes de dar el siguiente paso… —comenzó Pájaro—, cuéntamelo. ¿Qué ocurrió en el solar?

—No estoy segura. Dormí, creo. También soñé.

—¿Soñaste? —Eso sonó a ¿te hizo soñar?, lo cual cambiaba por completo el significado de la frase. Ladyé no sabía si era algo bueno o lo más horrible que podía haber ocurrido—. ¿Con qué?

—Bueno… hace años que tengo el mismo sueño. Es un poco largo de

contar, pero… digamos que tiene que ver con un lugar. Y con lluvia. Un continente lluvioso.

—Un continente lluvioso…

Ladyé se frotó los párpados. No se sentía con ganas de confesarse con nadie, y menos con una persona desconocida que cambiaba de cuerpo (y de personalidad, aunque ella no quisiera admitirlo) como los demás cambiaban de pantalones. El sueño recurrente de Ladyé había estado ahí desde su infancia, había crecido con ella. (*Creemos en el continente lluvioso*). Años atrás fue un patio de juegos por el que vagaba una niña perdida, rodeada de fosos desde los que se podía contemplar una caída a una ciénaga de aguas estancadas. La muerte de su primer gato en un entorno similar tuvo mucho que ver. Luego se convirtió en una localización no profesional (jamás se la habría ofertado a ningún cliente) con reminiscencias a vapor húmedo de interfaz, a luces cayendo tangentes sobre los rostros de aquellos que le habían roto el corazón.

Era un lugar familiar pero tétrico, con emociones vibrantes, voladoras, que descendían como refractadas entre líquidos densos.

Cierta cantidad de indefensión en los sueños, cuando eran los de uno mismo, era tolerable. Pero aquella imagen evolucionada a partir de dulces transiciones la venía acosando dos o tres noches al año desde que tuvo la edad mínima para colocar los sobreentendidos. Que aquel engendro, la IA juguetona, la hubiese recostado sobre la arena y hubiese sondeado esta parte tan íntima, tan… Ladyé… resultaba…

—Prefiero no hablar de ello —zanjó.

—Tranquila, entiendo que debió ser una experiencia muy… —Los adjetivos le fallaron, pero el silencio sirvió para transmitir todos los sentidos posibles de la frase. Ladyé escogió el que más le convenía y asintió.

—Quiero pensar que no sucedió, que no fui… violada, en más de un sentido. Pero esto… —Ladyé ejecutó un cuarto de giro con el dedo meñique en torno a su ombligo, y su sexo se llenó de secreciones. Detuvo el movimiento antes que el familiar latigazo eléctrico escalara por su espina dorsal, y sus glándulas trastornadas se pusieran a destilar aceite—. Esto demuestra que algo determinante sí que pasó; algo que puede ocurrir a diario con las naves o los robots, pero nunca jamás, bajo ninguna circunstancia, con un ser humano. —Entonces se acordó de la segunda razón que la había hecho cruzar la puerta de Pájaro aquella semana—: Tengo que preguntarte algo. Sobre unos hombres de escayola.

Pájaro levantó una ceja. Hasta ese gesto tan trivial pareció refinado en su

rostro de porcelana.

Ladyé trató de ofrecerle la descripción más robusta de la escena que vio ante el pilar, cómo la percibió y, por si fuera necesario para abarcar todo el cuadro, el abanico de sensaciones que vivió después. La cortadora adivinó sus intenciones con la facilidad con la que detectó las secuelas del biocorte.

—No fue una alucinación —murmuró Pájaro. Una campanula se abrió en el techo, provocando un gracioso pah.

—¿No? ¿Y qué demonios era? —se desesperó Ladyé—. ¿La Estagilita creando vida orgánica a partir de su propia radiación de fondo, o qué?

—Tranquila. Viste a los Vestigios. —Eso requirió una explicación—. No sabes nada sobre navesluz, ¿verdad, Soñadora?

Ladyé negó con la cabeza.

—Nada importante —admitió—. Sólo lo que la gente dice.

—Lo que se dice sobre ellas es mentira. Pura desinformación, motivada por el hecho de que nadie, ni sus supuestos diseñadores, puede entenderlas. Esos artefactos son tan avanzados, tan extraños a los hombres y a su concepción de la física, que sólo pudieron haber sido inventados… —vaciló—. Por *ellas*. Son a las circunnavegadoras solares lo que éstas a los carromatos.

—¿Cómo sabes eso?

—Fui candidata a pilotar una, hace mucho tiempo. —La piel de la cortadora adquirió un aspecto aún más lechoso. Ladyé pensó que si en ese momento se tomase una simple taza de café, el bolo de líquido le oscurecería la cabeza como si fuera un globo translúcido—. Pero rehusé. Renegué como una cobarde en el último momento, cuando me tocaba entrar en las cámaras de neurocortado.

—No… no lo entiendo. ¿Por qué hay que cortar a los pilotos, antes de…?

—¿De ser absorbidos como un nutriente por las navesluz? Creo que puedes responderte tú misma.

Pájaro estaba nerviosa. Ladyé percibió muchas imágenes desprendiéndose de ella, demasiado rápido como para que las siguiera la vista. Escenas de la persona que la cortadora había sido antes de sus múltiples cambios de cuerpo, estudiando en la academia, renunciando a su pasado antes de hacer lo mismo con su sueño, por puro miedo. Escenas de un Pájaro con las alas cortadas que buscaba en la cirugía lo que no pudo encontrar en el vientre de una naveluz.

—Cuando el piloto se funde con su nave —dijo Pájaro—, ya no hay vuelta

atrás. El ser humano trasciende a otro estado de la materia, o como se llame eso. Ni siquiera nosotros, los aspirantes, lo entendimos nunca.

—¿Quieres decir que son asesinados por la ecología de la nave, en cierto modo?

—No. Siguen vivos, pero se convierten en parte integrante de su cerebro. El estado físico de cualquier naveluz es una función de su procesamiento de la información, como si el fuselaje fuera el espejo de sus deducciones lógicas. Por eso cada naveluz es única. Todas nacen esféricas, vírgenes de pensamiento… y adoptan una forma definitiva cuando absorben al piloto. —Pájaro parecía ansiosa por contarle todas aquellas maravillas, pero al mismo tiempo irritada.

Durante un tiempo, a esos hombres elegidos, los pilotos, se les permite seguir viviendo como simples humanos a través de los Vestigios; los androides de escayola que viste. Sólo duran unos días, lo suficiente como para que las personas que fueron los envíen a despedirse de los suyos, si no lo han hecho ya, o para atar algún cabo suelto de sus vidas. Después se deshacen —abrió de golpe los dedos—, paf, como castillos de arena.

—Jamás había oído hablar de ellos.

—La academia no suele dar publicidad a estos asuntos.

Ladyé comenzó a vislumbrar un atisbo de ese mundo tan complicado y oscuro de los navegantes del Lejano, de todo lo que eran y lo que implicaba que fueran, y que normalmente estaba oculto a la gente de la calle.

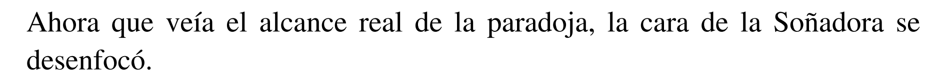
Pilotos que eran añadidos al sistema como variables vivas de un proceso informático, fuselajes de estado físico relativo, naves más rápidas que las constantes del universo… eran milagros demasiado inaprensibles hasta para una mujer acostumbrada a tejer fantasías en el subconsciente de otros.

Entonces comprendió por qué había visto a los Vestigios bajo el pilar de la Estagilita. Sólo un dios podía procesar toda esa cantidad de información y almacenarla en unos cuerpos supletorios.

Y eso la llevó a obtener la respuesta que la mayoría de los habitantes de Margen buscaban durante toda su vida: por qué la IA estaba allí, o mejor dicho, por qué los humanos habían construido una ciudad alrededor de su casa.

—Es… increíble… —murmuró, atónita—. Jamás podré transmitirle a Noir ningún sueño —comprendió Ladyé—. Es imposible tratándose de alguien así. Ni la IA me ayudará a mí, ni yo a él.

Pájaro asintió. Ya se había dado cuenta de eso desde el principio.



Ahora que veía el alcance real de la paradoja, la cara de la Soñadora se desenfocó.

—Es un verdadero placer haberte conocido, Pájaro —dijo con voz distante—. Me tengo que ir.

—Igualmente. Oye, Ladyé —la detuvo—. No te ahogues en un vaso de liksa. Siempre hay más oportunidades para todo, menos para la muerte.

—Lo sé. Pero ahora, justo ahora, tengo la necesidad de hacer lo mismo que les aconsejo a mis clientes cuando despiertan del sueño.

—¿El qué?

—Buscar compañía. Las madrugadas son un mal momento para estar sola en ninguna parte.

Pájaro batió sus pestañas.

—¿Qué momento lo es?

NUEVE: A quién echamos de menos

Víctor Conde

No supo bien cómo, pero el motel acabó atrayéndola con la fuerza de un imán lleno de ventanas cegadas por persianas bizcas y trozos de cemento descantillados.

El edificio parecía un día más viejo que ayer, lo cual era lógico pero no obvio. Las persianas de las ventanas de la recepción estaban bajadas, pero por sus agujeros caían suficientes alfileres de luz como para dejar en evidencia el desgaste del mobiliario: los sucios mostradores, los archivadores vapuleados, la lámpara cansada, unos violines sin cuerdas que la fulminaron con la mirada desde las paredes… En otros tiempos todo eso se consideró elegante. Como el fracaso. Hubo momentos en su historia (en la historia de todos) en los que fracasar con el viento a favor se consideraba una proeza.

Ladyé dejó una cicatriz zigzagueante en el polvo del mostrador. Observó el pequeño montón de detrito acumulado bajo la uña; si lo miraba desde un ángulo especial, hasta tenía forma. Era como dos niños reducidos a lo esencial por el carboncillo de un artista, componiendo un hueco con forma. Eso mismo eran los supervivientes del Foro Melancolía, gránulos de mugre social que se apretujaban bajo el primer alero y se contaban historias que a veces, sólo a veces, se hacían realidad.

Un ruido la sobresaltó. Otra persona se había parado en el umbral y estaba mirando hacia dentro con los ojos aún cargados de la luminiscencia de fuera.

Era Lambda.

—¿Ladyé? —La estaba mirando directamente, pero seguro que no veía más que una silueta oscura.

—Soy yo. Hola. —Se sorprendió al verla allí, fuera de su espacio natural.

—¿Tienes algún cliente?

La Soñadora miró con tristeza el amonto de suciedad de la uña. Lo limpió contra su pantalón.

—No…Creo que no los voy a tener por un tiempo. Voy a tomarme unas vacaciones.

—¡Sabia decisión! —Lambda examinó con repulsión el entorno—. Puag. ¿No deberías echarle un repaso a este suelo de vez en cuando?

—Nunca tengo tiempo. O mejor dicho —admitió—, nunca me he preocupado. A los clientes no les molesta, así que…

—¿Has visto a Slad últimamente?

—No desde el otro día, ¿por qué?

Lambda se arrebujó en su abrigo de rayón color manteca. Fuera, en la calle, feroces agujas de lluvia hacían de heraldos para la tormenta que se avecinaba.

—Me preocupa. Él nunca falta a primera hora de la mañana, por si puede reservar la mesa esa que tanto os gusta. Pero hoy… ¿sabes la hora que es? —Señaló la marca del reloj de su muñeca. Hacía años que no se lo ponía, pero lucía la huella de la correa como una pulsera ulcerada—. Todavía no ha venido. Y anoche se marchó antes de las tres, cosa rara en él.

Ladyé estuvo de acuerdo. En el croquis de la vida de Slad esos eran hechos muy poco frecuentes, e incluso peligrosos. Cada vez que el viejo se saltaba la rutina, y no es que ocurriera a menudo, aparecía por el bar a una hora extraña, extempórea, con cara de haber perdido un tiempo del que no disponía. Incluso su conversación era errática, la de un actor al que le hubiesen arrancado hojas enteras del libreto para dejarle sólo frases a medias: …Y me aposenté a cuatro espacios de… donde no quedaba rota sino la rama del… extraviamos por lo menos este [ininteligible]…

En esos días Slad era más Slad que nunca.

—¿Has enviado a alguien a buscarlo? —preguntó Ladyé, inquieta. Los callejones eran peligrosos, y a veces los conejos arrestaban a gente al azar, sólo por hacer un poco de estadística.

—Dicen que lo vieron anoche con Visnú. Estaban bastante cargados, y se marcharon a eso de las dos y veinte.

—Bueno, son amigos desde hace mucho. A lo mejor lo llevó hasta el motel pestilente donde normalmente se aloja…

Lambda negó con la cabeza.

—Les he llamado, pero no han visto al viejo en toda la noche. Estoy preocupada.

Ladyé le dio un golpecito amable en el hombro.

—Tranquila. Estoy segura de que él y Visnú aparecerán tarde o temprano por el bar. Todos los mesías acaban encontrando su montaña.

—Eso era otra cosa que quería comentarte… —Lambda se cerró los

últimos tres botones del abrigo. Por la puerta, además de luz, también se filtraba un cierzo helado que le estaba poniendo los pelos de punta. En el Foro, con su maravilloso y nunca del todo valorado sistema de calefacción, estas cosas no pasaban—. Visnú y Slad perdieron la mesa a eso de la medianoche. Se fueron al lavabo en pareja, supongo que para ayudarse el uno al otro a sacársela sin hacerse daño con la cremallera, y cuando volvieron había otra gente sentada.

—Lógico.

—Lógico. Pues acabaron rezongando en la barra y riéndose de algo llamado el Oneiros. —Ladyé frunció el ceño, pero la dejó continuar—. Escuché parte de lo que decían; a ese volumen y tan lejos del altavoz es inevitable. Visnú, que no parecía aún tan borracho como Slad, le hacía preguntas sobre su oficio.

—¿El de Slad? —se extrañó la Soñadora—. ¿Arquitecto de castillos de artificio?

—Sí… Pero eso no es lo más raro. Estaba muy interesado en conocer detalles sobre el lanzamiento de los fuegos. —Enumeró con los dedos—: Cuánto peso soportaban los campos de fuerza, si los hologramas eran practicables, la velocidad de salida del cohete… cosas así. Conociendo como conozco a la fauna de mi bar, te digo que esos dos están tramando algo.

El labio de Ladyé se curvó hacia dentro, como atraído por la lengua.

En efecto, la fauna del Foro no hablaría tan en serio de esos asuntos si no pensaran utilizar la información en su provecho. ¿Pero Visnú? ¿Qué estaba tramando? ¿Y para qué demonios necesitaba al bueno de Slad?

Se los imaginó inclinados sobre sus vasos, a punto de caerse dentro, tejiendo planes absurdos y conspirando contra nadie en particular y contra todos a la vez.

¿Acaso Visnú estaba intentando revivir su sufrimiento?

No, no era tan mala persona. Podía ser estúpido, mojigato e irracional cuando le convenía, pero no se burlaría así de otro bohemio, a menos que…

A menos que…

Mierda.

Su labio se desenrolló otra vez de golpe.

—¿Mencionaron algo sobre un encargo, un sueño para un cliente especial? —Se temió lo peor. El pensamiento no lineal de Visnú, como el de los mejores Soñadores, era como la prosa de un escriba loco, tambaleándose al

filo de una página para caer por mera casualidad en la siguiente—. ¿Algo sobre un piloto y una saltadora?

—Ssssí… algo de eso había. —Lambda hizo memoria—. Pero no entraron en detalles. De hecho, callaban cada vez que me acercaba, ¡como si les estuviera espiando! Visnú mencionó algo sobre el lanzamiento de las navesluz de mañana, y Slad dijo, muy orgulloso, que lo habían contratado para que se encargara de los fuegos artificiales de la ceremonia. Estaba emocionado, el pobre viejo.

—¡Sígueme! —urgió la Soñadora, calándose su propio abrigo.

Lambda obedeció, confusa.

—¿Adónde quieres que vaya?

—¡A buscarlos! ¡Tenemos que encontrar a ese loco de Visnú antes de que cometa una estupidez!

—No puedo acompañarte —dijo Lambda, con pesar—. Tengo que abrir el negocio.

Ladyé sintió. Lo comprendía, claro.

—De acuerdo. Me encargaré yo.

Lambda la tomó de la mano.

—Pequeña, dime, ¿qué está pasando?

Ladyé sintió un escalofrío, y no es que la lluvia tuviera nada que ver. Las palabras que había pronunciado Visnú en el hangar (un artista hace lo que sea por su arte, incluso poner su propia vida en peligro y escribir su destino con sangre) se le antojaron demasiado reales.

—Creo que Visnú también tiene un plan para cumplir el encargo de ese piloto chalado —contestó—. Y mucho temo que se hará daño si lo pone en práctica.

DIEZ: Los pájaros de fuego

Víctor Conde

La forma más sencilla de encontrar a Visnú era localizar primero a Slad. Y la forma más simple de encontrar al viejo, si no estaba bebiendo en el Foro, era acudiendo directamente a su taller.

Slad ejercía su insólita profesión en una nave industrial cercana al muro del astropuerto, que antes había albergado una fábrica de cascos para trajes de vacío. La empresa que había contratado al viejo la compró, la equipó, y luego buscó a los profesionales que le insuflarían vida. Ladyé nunca había estado en aquel distrito, pero había aguantado suficientes borracheras de Slad como para conocer hasta la última anécdota de lo que ocurría en el taller.

Tomó un taxi hasta el taller y dejó que el conductor se quedara el cambio. Bajó a toda prisa y tocó en el timbre de la puerta. Esperó.

Durante cinco interminables minutos nadie acudió a abrirle. Ladyé vio un tenue resplandor surgir de las ventanas, y agujeros que bostezaban a sótanos y a canales de desagüe tupidos por el uso. Allí dentro había alguien, o al menos se oían robots trabajando. Se imaginó un cuadro que le provocó risa y espanto: el de ella interrumpiendo al maestro artesano en el momento crucial de una mezcla de elementos volátiles (Ladyé no tenía ni idea de cómo se fabricaban los fuegos de artificio, pero intuyó que debía ser algo tan arcaico y romántico como eso), y toda la manzana saltaba por los aires.

La puerta se abrió. Apareció un androide ataviado con un casco espacial. El androide y Ladyé conversaron largo rato, mientras ella trataba de hacerse entender y él negaba la mayor: No, no había ningún Slad trabajando para ellos en aquel momento. Tampoco eran la única empresa encargada de preparar los paquetes de fuegos para las grandes ceremonias de la ciudad. Y por último, desde luego que no iba a facilitarle la dirección de las otras empresas. Eso era información privada del gremio.

Ladyé se marchó, frustrada. De esa manera le resultaría imposible encontrar a sus compañeros. Los arco iris se incrustaban unos en otros sobre la ciudad, formando contrafuertes para el cielo.

¿Por qué Slad le habría mentido sobre su puesto de trabajo? ¿Acaso habría sufrido la ignominia de un despido y no quería revelarlo para no ahondar aún más en su miseria? No le extrañaría. Pero si era así, significaba que el

viejo podía llevar meses, o incluso años, trabajando para una subcontrata de artificieros, o incluso para compañías clandestinas de polvoreros.

Mientras anochecía inexorablemente, Ladyé recorrió todos los lugares que sabía que Visnú frecuentaba, desde las tabernas (centros de peregrinaje obligado cuando el Foro cerraba sus puertas) hasta los burdeles del barrio negro, con chicas-simulacro que jamás se movían de las camas, enfermando en ellas a medida que se les excoriaba la piel con capas y capas de maquillaje. No hubo suerte. Tampoco en los rings de boxeo tántrico, donde luchadores de la vida orgullosos de sus derrotas se sentaban uno frente a otro para ver quién era más patético.

Ladyé se dio por vencida al final del día. Le dolían los pies, y la cabeza, y… y todo lo demás.

Al cuerno. Si querían esconderse, que lo hicieran; estaba demasiado cansada y demasiado deprimida como para hacer más de lo que había hecho.

Aquella noche se fue pronto a la cama, e incluso se permitió el lujo de rechazar una oferta de trabajo. Ladyé no estaba para ayudar a nadie, y menos a sí misma. Se encerró en el motel, buceó bajo las sábanas y estuvo hasta bien entrada la madrugada adivinando qué locuras podrían salir de la fusión de dos mentes tan solitarias y desesperadas como las de Visnú y Slad.

Sea como fuere, lo averiguaría cuando las navesluz partiesen del astropuerto.

Semejante efeméride no era como para tomarla a broma, ni siquiera en una ciudad tan nihilista como Margen.

La urbe había crecido como un tumor no planificado (ni deseado por las autoridades del astropuerto, en realidad), a base de amontonar todo lo que salía de los vientres de aquellas naves. Todo aquello que, por un motivo u otro, no podía regresar de nuevo adentro.

La gente celebraba como una fiesta nacional el despegue de los heraldos del Lejano, e idolatraban a los valientes pilotos sin conocer datos tan perturbadores como el que Pájaro le había revelado. Pero Ladyé ahora sabía la verdad, que aquellos pioneros ya estaban muertos (su cuerpo físico, al menos), y no pudo evitar sentir un poco de lástima por ellos. Los Vestigios de los pilotos saludaban a la multitud desde el palco de honor, pronunciaban discursos y caminaban con aire resuelto frente a las cámaras.

Brazos manejados por telemetría por aquellas personas, sumergidas confortablemente desde hacía días en la neurotomenta de sus máquinas, se agitaban sacudiendo pañuelos blancos y lanzándolos sobre las cabezas de la gente. Era un ritual, como muchos otros. Como el lanzamiento de los fuegos. Como la fijación del pensamiento en los Vestigios por parte de la IA.

Ladyé era una más entre la turba de espectadores que se agolpaban contra la reja (*parapettus inhíbida*). No les estaba permitido acceder a las pistas, pero aunque fuera desde lejos, nadie se perdería el momento sublime en que se abrirían los hangares prohibidos, y de ellos saldrían las majestuosas navesluz, ya en vuelo, ya medio lanzadas al infinito desde el momento mismo de su concepción.

Noir estaba también en el palco, junto a los demás pilotos. Su Vestigio parecía el menos emocionado de todos. El más tranquilo. Con expresión ausente, aguardaba mano sobre mano mientras sus compañeros articulaban emocionados discursos.

Ninguno de ellos mencionó a la Estagilita, detalle que a Ladyé le resultó curioso. Puede que tuvieran prohibido confirmar los rumores de su implicación en aquellos vuelos, o que, después de tantos siglos, al final la IA hubiese descubierto al fin la virtud de la modestia.

Así eran las IAs, después de todo: caprichosas y herméticas como su naturaleza divina.

Lambda estaba de pie a la izquierda de Ladyé. Era unos centímetros más baja que ella, por lo que tenía que ponerse de puntillas para ver de lejos.

—Espero que esto no dure mucho —rezongó—. Tengo que abrir el bar.

—Alégrate —sonrió Ladyé—. ¿Adónde piensas que va a ir toda esta gente cuando acabe el evento? Llenarán los bares como el día del nuevo monzón.

—Poreso me retiraré un poco antes, para ir preparando las mesas. Les advertí a los chicos que estuviesen allí antes de que la gente se dispersara. Como no me hagan caso… —Hizo el gesto de retorcer unos pescuezos.

Ladyé también se puso de puntillas, para ver mejor el momento en que los pilotos, en fila y muy derechos, descendieron por la rampa hasta los pasillos ocultos en el subsuelo. La gente imaginaba que desde allí se vestirían con algún tipo de traje y entrarían por las escotillas a las aberrantes entrañas de las naves. En realidad, Ladyé se los imaginó dejando de funcionar en cuanto estuviesen fuera de la vista, sus miembros cayendo fláccidos como si una tijera invisible hubiese cortado los hilos que los unían a los titiriteros. Los operarios trasladarían esos cuerpos a un crematorio mientras las mentes

que los gobernaban daban la orden final de despegue.

Las inmensas rampas de la plataforma se descorrieron y la multitud estalló en vítores. La ciudad estaba alcanzando la puesta de sol, y la escasa luz permitía que unos chorros de luz plateada fueran visibles a medida que brotaban del suelo y taladraban las nubes. Pronto hubo sombras cortando esas pilastras de luz, y la gente supo que las primeras naves estaban a punto de salir.

Ladyé estaba preocupada. El sol se ocultaba; las condiciones eran idóneas para el lanzamiento de los primeros fuegos.

Si Visnú estaba allí, estaría ultimando los preparativos para su locura.

—¡Mira! —exclamó Lambda, entusiasmada—. ¡Míralas! ¡Dioses del Gigante Rojo, es increíble!

La ovación de la multitud sufrió un brusco parón. La gente miraba con ojos licuados a los ingenios que se elevaban del suelo, globos perfectos hechos de lo que parecía gravedad prensada y coloreada. Había expectación en el ambiente, pero también miedo. Reverencia ante lo desconocido, lo genuinamente alienígena.

Las navesluz tenían el tamaño de pequeños edificios, sin aberturas ni escotillas de ninguna clase, sin impulsores ni toberas. En realidad, sólo se mantuvieron perfectamente esféricas unos pocos segundos; después, expuestas a los procesos mentales que generaba el piloto, su fuselaje cambió para adaptarse a ellos.

Los globos se convirtieron en espinosas estrellas de mar. La gente dejó escapar un profundo oooooohhhhh de admiración mientras cambiaban (volviéndose más intangibles que pesadas, más luz que partículas, más materia oscura que masa sólida)…

…Y ya no estaban allí. Habían desaparecido, borradas literalmente de la realidad, desintegradas por algún accidente cósmico o lanzadas a una loca carrera hacia las singularidades del universo. La humanidad había enviado nuevos corceles a las fronteras de su existencia, para que explorasen lo que había más allá y, si podían, lo trajesen de vuelta. Era el triunfo de toda una cadena evolutiva. La multitud estalló en la mayor ovación que Ladyé hubiera escuchado jamás.

Era el momento del festejo. De los fuegos artificiales.

Ladyé apretó los puños.

—Vamos, condenado bohemio —masculló—. ¿Dónde estás…?

Lambda se despidió por señas y se esfumó entre la gente. La Soñadora trató

de encontrar un lugar alto: un inodoro público, un muro, un árbol, un transporte… cualquier objeto al que encaramarse para otear.

¿Estaría Visnú cerca de allí, oculto entre la gente? ¿Derrotaría su sentido común al loco que llevaba dentro?

Improbable.

Una música solemne brotó de los altavoces. Algunos bloques homogéneos de personas entonaron una especie de himno, mientras los demás se fundían unos con otros en una marea de vítores.

El primer cohete salió disparado hacia arriba dejando la familiar estela de humo. Hubo un brillo seguido de un silencio, y después un sonido sordo, opaco, no muy espectacular.

Ladyé se secó el sudor de la frente.

La salva de fuegos explotó vistiendo de luz toda la franja del cielo visible. Comenzaron llegando los más tenues, flores de fuego que surgieron directamente de la combustión de las nubes. Las siguieron aspas de molinos, dientes de león y bancos de peces relampagueantes. Mareas de escarcha surgieron del horizonte, colisionando con montañas de ilusiones pirotécnicas y arrecifes de sonidos retardados. El antiguo arte de construir castillos de fuego había mejorado con el paso de los siglos, e incluía jaulas de campos de fuerza que manipulaban los pirotécnicos para modelar la luz, la intensidad y velocidad de las explosiones, e incluso el tono y la armonía del sonido. Los campos de fuerza, en teoría, debían mantenerse invisibles, pero al ser sólidos también podían llenarse de cenizas y hacer resbalar por sus contornos las ondas de choque de los cohetes.

Sobre una de estas gigantescas manos ardientes que amasaban nubes apareció un hombre.

Ladyé ahogó un grito. No podía creer que Visnú estuviese tan loco como para hacer algo así, pero la realidad no dejaba lugar a dudas: había alguien flotando en el aire, a decenas de metros sobre la multitud, sostenido por un campo de fuerza lamido por lenguas de llamas.

Noir también estaría mirando, desde donde quiera que estuviese ahora. Esta era la manera que se le había ocurrido a Visnú de transmitirle un sueño inolvidable: matándose en directo para él, o algo parecido.

—¡¡Socorro!! —gritó Ladyé, pero no fue más que una gota en mitad de un océano de sonidos. Por los dioses, ¿Slad le había prestado su ayuda para semejante estupidez? Era un suicidio en toda regla, por artístico que fuese.

Muchas manos se alzaron al tiempo, señalando con un bosque de dedos. La gente vio al hombre que colgaba del cielo, y cuando el campo que lo

sostenía se extinguió, también lo vio caer.

Visnú estaba vestido con ropajes llamativos, de vivos colores. Cuando cayó al vacío, los brazos en cruz y las piernas juntas, atravesó un banco de fuegos que semejaban flores de pétalos ardientes. El resultado fue que algunos de estos pétalos, envueltos en halos de fuerza que prolongaban su combustión, quedaron adheridos a sus brazos y cayeron con él, aleteando mientras se consumían.

A Visnú le habían crecido alas.

Era un auténtico pájaro de fuego.

La arriesgada *performance* acabó tan abruptamente como había empezado. Las alas se consumieron y el cuerpo de Visnú quedó al arbitrio de la gravedad. El grito que exhalaron sus pulmones no fue tanto de horror como de triunfo, aunque Ladyé se percató de que algo iba mal. Él no se habría dejado caer sin un último truco que asegurase su supervivencia, un colchón de campos de fuerza o unos cables ocultos, pero fuera lo que fuese no salió como estaba planeado.

Visnú se precipitó a tierra, golpeó de refilón unos campos que se estaban creando para impulsar géiseres de flores, y uno de los surtidores lo absorbió. La presión de las flores debió de ralentizar la caída, pero envolvió su cuerpo en un remolino de temperaturas extremas.

Visnú golpeó el suelo con un estampido sordo, detrás de unos contenedores. Una nube de polvo marcó el lugar.

La verja cedió ante la presión de la gente. Los conejos, sobrepasados por el volumen y la emoción de la turba, no pudieron impedir que muchos invadieran las pistas.

Ladyé estaba entre ellos. Vio aerodeslizadores de la policía hacer pasadas rasantes para dispersar a los intrusos, y escuchó advertencias que rabiaban en los altavoces. Las ignoró.

Cuando llegó al lugar donde se había estrellado Visnú, éste ya estaba rodeado por los sanitarios.

—¡Dejadme pasar! —gritó, forzando el bloqueo—. ¡Le conozco, soy su esposa!

Una mano ensangrentada se elevó del cerco de hombres con batas blancas y la señaló. Ladyé tragó saliva. Un enfermero la condujo junto a la camilla.

Visnú estaba destrozado, sus miembros inferiores doblados en posturas imposibles y la piel lacerada, convertida en un mapa de cicatrices al rojo vivo. Pero aún vivía. Sobre la piel hacía reacción una pasta aplicada por los

sanadores.

Al ver a Ladyé con el único ojo que le quedaba, murmuró:

—Ésta… sí que ha sido… una imagen para… el recuerdo… ¿n… no crees?

Las lágrimas de su amiga salpicaron la espuma reactiva.

—¡Estás loco! —le acusó—. ¡Eres un maldito demente romántico!

—Claro… que sí… —Visnú sonrió a duras penas—. Por eso… te gusto tanto…

Los sanitarios elevaron la camilla a una voz, y la introdujeron en un vehículo lleno de mensajes de ¡apártense, emergencia! que fluían como graffitis vivos por la chapa. La dejaron entrar a ella también por petición de Visnú.

Ladyé tomó su mano mientras volaban por encima de los edificios.

—¿De qué te servirá este circo si mueres? —sollozó—. Si te vas me quedaré la nave para mí sola, ¿te enteras? —espetó con rabia.

Visnú le apretó la mano.

—Vete preparándote para una buena discusión… para decidir… quién de los dos será el capitán. —Unos tosidos acompañados por esputos de sangre suprimieron la risa—. Ladyé, por favor…

—¿Qué quieres? —preguntó ella, desplazando la vista del accidentado a los sanitarios y viceversa. Visnú la obligó a fijar los ojos en la camilla.

—Deja que los médicos… hagan su trabajo, y haz tú… el tuyo.

—No te entiendo.

—Sueña para mí, Shesha. Sueña… para mí.

Sus ojos se cerraron, pero los instrumentos conectados a su corazón no emitieron ninguna alarma.

—Se ha desmayado, pero está estable —aclaró un sanitario. Ladyé volvió a respirar.

Shesha. Así era como ellos habían bautizado, como broma privada (en el argot de los metabolatas significaba la madre cariñosa), a la serpiente que aparecía en el cuadro del Foro, la que acunaba al durmiente Visnú mitológico en sus zarcillos. Shesha era el nombre artístico complementario al suyo, el inevitable gag de la pareja mal avenida. Por eso Ladyé nunca lo adoptó: no quería que la gente la viera como una ayudante de Visnú, una cómplice de su desquiciado arte.

Ella tenía su propia identidad como Soñadora, y deseaba mantenerla a toda costa.

Sin embargo, sólo por esta vez, acunó la cabeza de Visnú en su regazo y le transmitió un sueño especial. A él, al hombre que se había extirpado la Ópera y aún así podía seguir sintonizando su mente con las de los demás. El hombre milagroso.

Los paisajes cabalgaron la voz y la música que salió de sus labios, y mientras el aerodeslizador volaba hacia el hospital, la Soñadora cantó sobre una playa, y un hombre que contaba historias sobre los recuerdos varados en ella…

ONCE (Epílogo): Puerto Melancolía

Víctor Conde

El policía no tuvo reparos en dejar entrar a Ladyé en el hangar, y menos cuando ella le presentó los documentos de propiedad de su nueva nave.

Se trataba de una vieja saltadora, medio desvencijada pero aún operativa, cuyo nombre era *Dura Luz*. Ladyé no había decidido aún si se lo iba a cambiar o lo conservaría. Si lo cambiaba, tendría que pensar en uno que realmente sonara bien, y que además transmitiera algo: un mensaje, una idea, una descripción implícita.

Algo bonito.

Entró taconeando en el vasto espacio del hangar. Los robots zánganos revoloteaban en torno a las pilastras de control, drenando matemática del espacio para verificar los sistemas de las naves estacionadas. La *Dura Luz* no era ni más grande ni más bella que las demás, pero tenía algo especial. Tal vez la promesa de un viaje a las estrellas. Eso, por sí solo, bastaba para que cualquier pedazo de chatarra destacase como un faro en la noche.

Habían pasado varias semanas desde que las navesluz partieron, y Noir con ellas. Visnú todavía estaba recuperándose en el hospital, aunque se rumoreaba que temía salir de allí por temor a lo que Ladyé pudiera hacerle como castigo por su necedad. ¿A quién se le ocurriría un plan tan estúpido como convertirse en un pájaro de fuego y lanzarse al vacío? ¿Qué persona se sentiría inspirada por algo así?

Puede que hubiera algunas, después de todo, pues en el camino hacia el astropuerto Ladyé se había tropezado con algo que no se veía en Margen desde hacía décadas: pintadas en las paredes, trazos sucios en los callejones, mensajes en la piedra. Más que palabras, dibujos de palabras; ideas volcadas en criptogramas visuales que, sin excepción, hacían referencia a un hombre que volaba con alas de fuego.

Nunca sabrían si Visnú había iluminado al piloto antes de su eterno viaje al Lejano, pero desde luego sí que lo había conseguido con unos cuantos jóvenes inquietos de los bajos fondos que, tal vez, después de aquello no se instalarían ninguna Ópera. O retrasarían el proceso unos cuantos años, lo justo como para alimentar un poquito la chispa de la creatividad en sus atrofiados cerebros.

Era una posibilidad, aunque bastante remota: nadie abandonaba un futuro laboral por los claroscuros de un triste sueño.

Por lo pronto, las pintadas estaban ahí. Hasta que los conejos las borraran servirían de guía para otros. Y puede que más de uno alzase sin querer la vista al cielo, algún día, para buscar al hombre pájaro. Eso sí que sería un triunfo.

El interior de la nave seguía estando como lo recordaba. Era un útero acogedor e impenetrablemente tecnológico, que llevaba siglos (aquellas naves eran muy, pero que muy viejas, y se fabricaban para durar aún más) acumulando secretos. ¿Sería capaz de extraerlos? En cuanto encontrase a un piloto retirado que quisiera trabajar en su empresa (¿Slad?), buscaría al golfo de Visnú y lo ataría al diván de aceleración.

Luego partirían, en un viaje mucho más corto que el de Noir pero igual de gratificante. Abandonarían la ciudad de Margen, no para siempre, y visitarían los anillos de radiación de Samtria, o el cúmulo de pastos abiertos de Kleiminy, desde donde se podía gozar de una vista exquisita del racimo de lentes gravitatorias de la frontera.

Daba igual el rumbo; una vez estuvieran arriba, la sensación de libertad sería la misma. Margen cambiaría de nombre y sería rebautizada como Puerto Melancolía, pues retornar a sus avenidas sólo serviría para ver a los amigos y recordar tiempos pasados.

Así es como Ladyé quería tener al mundo: muy lejos y difuminado entre nieblas, por debajo de sus pies. Visnú había volado y muchas bocas se abrieron de asombro al verlo. Ella apoyaría una mano contra la ventanilla y observaría el disco de la galaxia apoyado en su carne, girando lentamente, descansando sobre sus anhelos con infinita majestad.

Este era el sueño de Ladyé. El único que la acompañaba desde la infancia casi cada noche, y que seguiría haciéndolo hasta el día de su muerte.

Poder volar allí.

Víctor Conde nació en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias, España), en 1973.

Sus referentes clave dentro del género han sido los grandes escritores norteamericanos, modernos y clásicos. Destaca a Arthur Clarke, Dan Simmons y Greg Egan, pero no se alimenta solo de ciencia ficción. La poesía de William Blake o los mundos de geometría oculta de los surrealistas también le fascinan. Se ha inspirado además en autores españoles como Ángel Torres Quesada o Arturo Pérez Reverte

Tras ganar el premio Minotauro 2010, ha seguido publicando ciencia ficción y fantasía, alternándola con el género del terror. Con Minotauro publicó en 2011 Hija de lobos, un relato de horror gótico emplazado en el siglo XIX, y la trilogía juvenil de los Heraldos con la editorial Hidra, con gran éxito de crítica. Ecos, su última novela, es Finalista al Premio Celsius de Ciencia Ficción y Fantasía.

Oniromante se enmarca dentro de las CRÓNICAS DEL MULTIVERSO.

En Axxón ha publicado: LA ASOMBROSA HISTORIA DE ENRIQUE Y EL HORROR TENTACULAR DE VENUS, EL ARCHIVISTA, EFECTO CAMPO, EMPALME EN LA CINTA DE MOEBIUS, YSOBELT Y LOS VISIONAUTAS, EL ÁGUILA TATUADA, LA HABITACIÓN OSCURA, LA ESCRITORA, AVENIDA AMONÍACO y EL BAOBAB DE LAS PALABRAS.

Este cuento se vincula temáticamente con ÁTOMO JACK Y EL MERCADER DE SUEÑOS, de Alfredo Álamo, DR. MELTHER, MERCADER DE SUEÑOS, de Leonardo Montero Flores, y SUEÑO INDUCIDO, de Guillermo Lavín.

Equipo Axxón

Axxón

Equipo de Redacción: Chinchiya Arrakena, Alejandro Baravalle, Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Sergio Bonomo, Pablo Burkett, Eduardo J. Carletti, Julio Cesar Castillo, Daniel Contarelli, Sofi Cos, Fernando José Cots Liébanes, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Marcelo De Lisio, Néstor Darío Figueiras, Bárbara Gudaitis, Marcelo Gustavo Huerta, Serj Alexander Iturbe, Ricardo Manzanaro, Carlos Morales, Andrés Nieto Bugallo, Eduardo Poggi, Hugo A. Ramos Gambier, Valeria Uccelli, Carlos Daniel J. Vázquez (Axxonita), Pablo Vigliano.



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**